

LA MANSION DE LOS PANTANOS

Ralph Barby

BRUGUERA

SELECCION

TERROR

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS COLECCIONES DE
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Servicio Secreto.
Punto Rojo.
Bisonte Serie Roja
Selección Terror.
La Conquista del Espacio

RALPH BARBY

LA MANSION DE LOS PANTANOS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 614
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 5.705 - 1985

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición en España: abril, 1985
1ª edición en América: octubre, 1985

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1985

CAPITULO PRIMERO

El sol brillaba fuerte, cegador; el calor era molesto y pegajoso.

Ivette no llevaba más ropa encima que las panties y un suave vestido de algodón. Incluso su rubia y espesa cabellera le molestaba, y por ello la sujetó con una cinta en la nuca.

El coche de servicio público en el que viajaba la periodista francesa era un viejo «Buick» que gruñía, pero que salvaba todos los baches de aquella maldita y serpenteante carretera sin asfaltar que semejaba conducirles a un mundo perdido.

Viajaba en la parte posterior del automóvil y en muchas ocasiones tenía que agarrarse para no saltar excesivamente, pues la carretera no era más que una banda continuada de tierra a la que había sido arrancada la vegetación, aunque la abundante maleza de los márgenes golpeaba contra el coche amplio y de pintura rayada, lo cual debía de importar poco a su propietario, pues el óxido asomaba ya en muchos puntos de la carrocería.

—Con este calor, ¿no sería mejor que tuviera un coche descapotable? —preguntó Ivette, con su acusado acento francés.

—Usted no sabe lo que llueve aquí, señorita. Cuando se llena el cielo de nubes, cae tanta agua que el coche se convertiría en una bañera. Hay mucha agua aquí, a veces pienso que valdría la pena poner un par de flotadores a ambos lados del coche y así estaría más seguro.

Cuando miraba por la ventana, sólo veía vegetación y más vegetación. De vez en cuando, divisaba el agua del río o quizá un estrecho lago. Las aguas se veían verdosas, desagradables.

—Habrá muchos mosquitos por aquí, ¿verdad, monsieur?

—Sí, los hay tan grandes como puños —respondió cachazudamente el chófer.

Rayaría en la cincuentena y se habría pasado la mitad de su vida dentro del coche. Para él, cuatro ruedas con un motor constituían el casi todo en su vida, y por ello, desde su volante, observaba con desdén a los demás.

—¿Va al aeródromo a aprender a volar o acaso a tirarse en paracaídas?

—No, yo soy periodista.

—Un reportaje, ¿eh?

—Quizá, monsieur, quizá. —Menos mal —suspiró ostensiblemente—. Por un momento creí que era uno de esos chiflados que tienen la manía de convertirse en pájaros y terminan en el hospital cuando hay suerte.

—¿No le gusta a usted volar, monsieur?

—Prefiero mi coche, es más seguro. Claro que si he de viajar muy lejos, no me importa subir a un «Jumbo», pero de un «Jumbo» a una de esas avionetas que suenan a cacharro, hay un mundo de diferencia, se lo digo yo. En este coche he tenido que llevar a más de uno echando tanta sangre como las cataratas del Niágara.

Ivette prefirió no seguir hablando. Trataba de pensar y de ver a través de la ventanilla. En otros momentos, como periodista que era, le habría interesado aquel hombre para un pequeño reportaje, pero en aquellos momentos, no; había recorrido demasiados miles de millas para perder su tiempo con él.

El auto llegó al fin a un gran claro de vegetación, a orillas de un amplio y tranquilo lago.

—Ya hemos arribado al aeródromo deportivo, señorita.

Ivette se fijó en un pequeño hidroavión bimotor que descansaba sobre las aguas como un enorme pájaro acuático que hubiera descendido para descansar antes de remontar el vuelo de nuevo.

El taxista la condujo hasta el barracón social, mitad de aluminio y mitad de madera. Había unos amplios hangares para los aparatos deportivos, pero todo era muy funcional y daba sensación de escasa o ninguna seguridad. Ivette se preguntó si no tendría razón el chófer al llamarles chiflados.

—Fin del viaje, señorita. Son cincuenta dólares.

—¿Cincuenta dólares? Si me ha dicho que eran treinta y cinco —observó molesta, tomando su ligero maletín de viaje.

—Sí, treinta y cinco por venir al aeródromo y otros treinta y cinco por la vuelta, pero como usted se queda, sólo le cobro quince por el regreso. Ya ve que le hago descuento.

—Está bien. —Le pagó sin añadir ni un dólar de propina.

—¡Puaf, mujeres! En fin, tampoco hay que rasgarse las vestiduras.

Con el maletín en la mano y mientras el taxi se alejaba, Ivette se enfrentó con el local social. Una sola ojeada le bastó para darse cuenta de que allí no había hotel para alojarse en caso de que hubiera dificultades. Se preguntó si había hecho bien acudiendo a la imperativa llamada del profesor Svovoda, pero había llegado ya muy lejos y sería una estupidez retroceder.

Entró en el local. Ante una pequeña barra de bar, habla pilotos y paracaidistas y su entrada causó sensación, se escucharon incluso algunos silbidos. La aprobación respecto a la perfección de sus piernas y la curvatura de su busto fue general.

—Por favor —interpeló al mozo del mostrador.

—Diga, señorita. Con su marcado acento francés, preguntó:

—¿Podría decirme dónde encontrar a monsieur Owen Hibbs?

Un hombre alto, muy alto para ella, de lacio y abundante cabello cobre viejo, largos y poblados bigotes que no conseguían envejecerle, ojos extrañamente azules y algunas arrugas en el rostro que delataban que tampoco era ya un niño, se volvió hacia Ivette.

Aquel hombre era quizá el único que no le había mirado al entrar por hallarse de espaldas, habiendo hecho caso omiso a los silbidos admirativos suscitados por la presencia femenina.

—Yo soy Owen Hibbs.

—Oh, monsieur Hibbs, a usted le buscaba.

—Llámeme Owen y sin ese monsieur que lo alarga tanto —replicó casi

burlón, lo que molestó un tanto a la periodista—. Usted será Ivette, ¿no?

—Así es, veo que me estaba esperando.

—Sí, es la única que faltaba.

—¿La única que faltaba?

—SI, eso es lo que tengo en mi lista. Los demás están tras esa puerta. Tómese algo refrescante y saldremos pronto, ya que ha venido usted.

Ivette lo observó dubitativa. No sabía si tomarse en broma a aquel hombre alto y a todas luces muy varonil o tomárselo en serio y molestarse por su forma de actuar.

Tenía la expresión cínica, burlona, escéptica y un tanto indolente del aventurero nato. Acabó encogiéndose de hombros y se dispuso a ir hacia la puerta indicada, pero el hombre le quitó el maletín de la mano.

—Eh, ¿qué hace?

—Le llevaré el maletín al hidro, salvo que necesite algo urgente de él.

Ivette observó el maletín como si quisiera ver a través de la piel, lo que había en su interior. Luego miró al hombre y preguntó:

—¿Dice que marcharemos dentro de un rato?

—Sí, veinte minutos, a lo sumo; el tiempo suficiente para calentar los motores.

—De acuerdo, puede llevárselo.

Libre del maletín, dio la espalda al piloto norteamericano y encarándose con la puerta que le había indicado, la empujó pasando al interior del reservado.

Había allí seis personas, cinco hombres y una mujer. Todos miraron hacia la puerta al abrirse, reconociendo de inmediato a la recién llegada.

Los hombres la saludaron efusivamente.

—Ionich, Sheldon, Egan, Basil, Giogo... Hola, Ethel.

Ethel, la alemana, fue la única que la saludó cordial, pero fría. Ambas se sabían rivales en su femineidad.

—Hola, Ivette; no creí que tú también fueras una invitada del profesor Svovoda. Recuerdo que en la Sorbona prestabas muy poca atención a lo que él decía.

—¡Il profesore está loco, tutto loco! —exclamó el italiano Giogo, el más bajo y obeso del grupo que ya constituían.

Egan, el estirado inglés, que dejaba crecer en su mentón una cuidada barba intelectual, dijo:

—El profesor Svovoda ha sido muy imperativo al pedimos que acudiéramos a su llamada poniéndonos en las manos los billetes para el avión desde cada uno de nuestros respectivos países y mil dólares para gastos de viaje. Y ahora, la última etapa, a realizar en un avión fletado exclusivamente para nosotros.

—Un hidroavión —corrigió Ionich, un intelectual ruso, metódico y racionalista.

—Bueno, lo importante es que todos los que asistimos a aquel curso

internacional...

—Todos no estamos aquí —puntualizó Ethel, la atractiva alemana de cabello castaño claro.

Basil, el norteamericano de raza negra, observó con los ojos ligeramente brillantes:

—Creo recordar que sí estamos todos aquí.

—Imposible —exclamó Ivette—. Éramos más de veinte y sólo somos siete.

—Sí, pero somos los siete que, formando grupo, nos burlamos de las teorías del profesor Svovoda —replicó Basil Whorf.

El australiano Sheldon, de tez blanca y prácticamente cubierta de pecas, asintió con movimientos de cabeza, aprobando lo que había dicho Basil Whorf.

—Todavía recuerdo cómo le llameaban los ojos cuando se dio cuenta de que nos estábamos burlando de las teorías que él defendía con tanto ardor.

—¡Eran teorías absurdas, absurdas! —Exclamó el italiano, con vehemencia—. Il profesore estaba loco, loco, no se puede tomar en serio lo que decía.

—Dice —corrigió Ionich—. Todavía está vivo y precisamente vamos a volver a verle.

—lo es el que está loco ahora por haber acudido aquí a la llegada del profesore.

—Entonces, ¿por qué has venido? —preguntó Ethel.

—Era una ocasión de viajar gratis. No desperdicio ninguna oferta generosa, y aunque el profesore está loco, ha sido generoso. ¿No estáis de acuerdo?

—Yo opinaría que no está tan loco —observó Ionich—. El profesor Svovoda, aunque es un hombre apátrida, porque al huir de su nación...

—Por favor, Ionich, no compliques ahora las cosas con política —pidió Ethel.

—De acuerdo, de acuerdo, pero dejando a un lado lo que siento personalmente hacia el profesor Svovoda, tengo la firme impresión de que quiere comunicarnos algo importante.

—Será muy interesante. Si el profesor Svovoda ha llegado a unos descubrimientos trascendentales, daré la noticia al mundo.

—Ah, se nos olvidaba que querías ser periodista —recordó Ethel.

—Hace tiempo que lo soy.

—¿De alguna gacetilla de provincias, quizá?

Antes de que Ivette tuviera tiempo de responder a la hiriente pregunta de Ethel, Sheldon aclaró:

—Yo soy corresponsal de la Reuter en mi país. Quizá te pise la noticia, Ivette, depende de lo importante que sea lo que piensa comunicarnos el viejo y loco sabio.

—Esperemos que no sea nada truculento. El profesor Svovoda tenía unas

ostensibles inclinaciones hacia el estudio de lo maligno.

—Podía haber dedicado su tiempo y su sabiduría al estudio de...

—¿Del sexo? —preguntó el italiano, con ironía.

—A mí me parece que nos divertiremos. Por de pronto, ya estamos reunidos otra vez —dijo Basil—, y eso ya es motivo de alegría.

Charlando y recordando sus tiempos de coincidencia en la Sorbona de París, en el cursillo internacional veraniego, se les pasaron los minutos.

Un hombre de color abrió la puerta para anunciarles:

—Si están listos, vénganse conmigo. El «pato» está aguardando.

Abandonaron el local social del aeródromo deportivo.

En una lancha con motor fuera borda, se acercaron al hidroavión que hacía algún tiempo mantenía sus hélices en movimiento para calentar los motores y que éstos no fallaran al despegar.

Subieron a bordo y el negro les gritó desde la lancha:

—¡Buen viaje!

La puerta quedó cerrada y el piloto Owen Hibbs, antes de colocarse los cascos, dijo: —Acomódense. Son siete y hay seis plazas, que alguien se siente en el suelo pero pegado a la cola.

—¡Oh, esto es inaudito! —protestó el ruso.

—Oigan, me han fletado el avión, tiene seis plazas, pero apenas llevan equipaje y por peso podemos despegar. Si se van a quejar a las autoridades, me pondrán una multa, es cierto, pero háganlo ahora y no despegamos.

—Creo que cualquiera de los caballeros se puede sentar atrás en la cola y nadie dirá nada —propuso Ethel.

Sheldon, el australiano, se ofreció:

—Yo lo haré.

—Asunto concluido —aceptó Owen Hibbs.

—Asunto concluido, todavía no —objetó Ivette—. ¿Adónde nos lleva?

—Me han fletado el «pato» por una cantidad de dinero diría que generosa. No he estado nunca en el lugar adonde nos dirigimos, sólo sé que tengo que amarar en longitud Oeste ochenta y dos grados, quince minutos, siete segundos y latitud Norte veintisiete grados, diez minutos y veintisiete segundos. Si ustedes saben algo más que yo, díganmelo.

Todos se miraron entre sí, nadie sabía exactamente adónde iban. Sólo sabían que el profesor Svovoda les había llamado y que el punto de reunión era aquella coordenada que acababa de darles el piloto del hidroavión, nada más.

Se acomodaron en el pequeño aparato, sobrecargado de pasajeros, y éste aumentó la velocidad de sus hélices. Instantes después, se deslizaba sobre las aguas del lago, aumentando de velocidad hasta conseguir despegar, poniendo proa a un cielo cegador donde el rey era el brillante sol. Abajo quedó la humedad, el bochorno, el intenso calor de los pantanos.

CAPITULO II

El hidroavión bimotor que Owen Hibbs había dado en bautizar como el Pato, voló sobre los pantanos donde abundaban los aligátores, las serpientes, las grandes arañas y los mosquitos gigantescos.

El cielo que antes apareciera brillante se iba oscureciendo. Grandes nubes cubrían el sol. Owen Hibbs hizo perder altura al aparato.

—Eh, oiga, ¿quiere estrellarse contra la copa de uno de esos árboles? —gruñó Ionich.

—Si no perdemos altura, no veremos nada a través de las nubes, y si no veo, no podré amarar el Pato. No se crean que esto es como llevar un «Jumbo» en un aeropuerto internacional donde dan todas las facilidades con datos de posición, luces, bomberos y otras zarandajas. Aquí, si uno se la pega, en fin, no me gustaría tener que practicar la necrofagia como los niños de los Andes, ni que nadie la practique con mis restos.

—¿Falta mucho para llegar, Owen?

Ethel miró a la francesa, y sonriendo, observó:

—Vaya, ¿ya le llamas por el nombre de pila? —Ha sido a petición de él. ¿No te lo ha pedido a ti también, Ethel?

—Sí. ¿Acaso pensabas que sólo era a ti, encanto?

—Ya llegamos. Ahí abajo está el pantano, espero que no haya dificultades. El punto de coincidencia de latitud y longitud es el que tenemos delante, pero no veo ninguna casa, sólo selva. Debe haber muchas ciénagas y el lugar es peligroso —dijo Owen.

—Supongo que el profesor Svovoda nos estará esperando abajo —opinó Basil Whorf.

—¡Il profesore está loco! —Espetó Giogo—. Loco, sólo a él se le ocurriría venir a vivir aquí en esta selva tan solitaria en medio de los cocodrilos.

—Eh, amigo, que los cocodrilos están en África... Aquí, sus parientes se llaman aligátores.

Los patines del hidroavión tomaron contacto con el agua, surcándola y levantando espuma a derecha e izquierda, mientras el cielo se había encapotado más y más, con nubes negras y cargadas de lluvia que había terminado por ocultar el sol. Sin embargo, el calor seguía siendo molesto y bochornoso.

La maniobra de Owen con el aparato había sido perfecta, demostrando su pericia en el difícil manejo del hidroavión.

—Allí, a la derecha, hay una embarcación y un hombre que hace señas con la mano —indicó Ivette, que miraba por la ventanilla.

Owen Hibbs, que no había detenido la rotación de los motores, hizo que el aparato se deslizara sobre las aguas hasta acercarse a la lancha con motor fuera borda que se hallaba cerca de tierra firme, si es que a aquello podía llamarse tierra firme. Allí se confundían las plantas totalmente acuáticas con

las de tierra, pues no había márgenes definidos.

Cuando Owen Hibbs detuvo los motores del aparato, se escuchó claramente el ronquido del motor fuera borda de la lancha que se acercó al hidroavión.

Un mestizo de indio, con largos bigotes, rostro enjuto y hosco y vestido totalmente de blanco, incluido el sombrero de ala ancha, dijo:

—Suban a la lancha.

—Eh, oiga, me falta la mitad del pago —observó Owen Hibbs—. ¿Es usted quien me contrató?

—No, fue el profesor.

Mientras todos iban descendiendo a la balanceante lancha, que no ofrecía demasiadas seguridades por su estabilidad ni por su madera vieja y apreciablemente medio podrida, Owen miró al cielo que cada vez estaba más negro. Se avecinaba una fuerte tormenta y decidió que no era el momento óptimo para regresar, por ello quitó las llaves del contacto.

—Oiga, amigo, este pantano no se mueve, ¿verdad? Me refiero a que no tiene corrientes.

—No, señor, estas aguas siempre están quietas. Sólo suben un poco cuando llueve mucho, como ocurrirá pronto, pero nada más.

—Entonces, dejaré el aparato aquí y me voy con ustedes. Tengo que cobrar lo que me falta. Después de todo, no es el momento idóneo para regresar, esperaré a que pase la tormenta. El hombre que había Ido a recibirles se encogió de hombros, objetando:

—Haga usted lo que quiera. El avión no se lo va a quitar nadie y a los aligátores no les gustan esta clase de pájaros para comer.

Owen Hibbs saltó al interior de la lancha, tras dejar cerrada la puerta del hidroavión.

No le agradaba dejarlo allí solo, alguien podía acercarse y tocarlo. Al parecer, allí no había guardias de ningún tipo, se hallaban en medio de las ciénagas, millas y millas de pantanos en todas direcciones, y no era fácil que la policía del Estado pudiera llegar allí para buscar a un posible ladrón de hidroaviones, aunque el robo en sí no lo temía seriamente, pues no era fácil que alguien no habituado lograra pilotar el Pato. No obstante, sí podían averiarlo y allí no había material adecuado para su reparación.

La lancha se alejó ruidosamente del hidroavión y cuando parecía que iba a varar en la tierra, cruzó por entre unas altas plantas y siguió navegando por debajo de los árboles, siguiendo el camino por un canal natural donde el agua tenía la profundidad suficiente como para que la lancha pudiera navegar.

—Cualquiera podría perderse aquí —observó Ethel, con su acento alemán que trataba de disimular por ser poco sexy, según su consideración.

Owen se fijó en la ruta que estaban siguiendo. Parecía imposible hallarla de regreso, pero observó que en todos los puntos donde podía haber confusión, pues semejaban haber más canales acuáticos entre aquella espesa jungla donde el reino vegetal era tan prolífico, había cortes bien definidos a

una altura de seis pies, cortes hechos en los troncos con dos golpes de hacha, certeros y precisos. Tales marcas no eran recientes, aparecían ennegrecidas. Owen, que había luchado en las selvas de Indochina y estaba preparado para tales observaciones, había aprendido a descubrir señales en los árboles mucho más disimuladas que podía utilizar el enemigo o él mismo para recorrer una ruta entre la espesa selva.

La lancha atracó en un embarcadero hecho con troncos, que brindaban una seguridad al amarre de la lancha y tierra firme para los que allí llegaran.

—¿Dónde está Ja casa? —preguntó Ionich.

—Cada cual que coja su maleta y caminen en fila india siguiendo exactamente mis pasos. No se salgan del sendero —advirtió el mestizo de aspecto sombrío. Había cogido de la lancha un rifle que se colgó en bandolera.

—Oiga, coja usted el equipaje de una de las señoritas y yo llevaré el otro. ¿Entendido?

El indio miró intensamente a Owen Hibbs, el cual le sostuvo la mirada, y acercándose a Ethel, le cogió su maleta. Owen tomó la de Ivette, cerrando así la marcha.

—Io me pregunto por qué no podemos andar de otra manera.

A la pregunta del italiano, el mestizo se volvió y con su voz bronca, aclaró secamente:

—Porque se lo tragaría el barro si diera un paso en falso. Aquí es muy difícil hallar tierra segura. Luego, el pantano lo vomitaría después de dos o tres días que estuviera bajo el barro, bien muerto. Entonces aparecerían los caimanes para alimentarse.

Ivette, asustada, miró en derredor.

—¿Hay muchos caimanes aquí? —inquirió.

—Algunos, y el Gobierno tiene prohibido matarlos, pero a veces no queda más remedio que hacerlo. Ahora síganme, el profesor no me perdonaría que faltara alguno cuando lleguemos a su casa.

Owen cerraba la marcha y trataba de buscar señales que identificaran aquel camino, lo cual estaba resultando más difícil cada vez. El follaje era allí lujurioso.

Anduvieron bajo un sol intenso, temiendo a cada momento que apareciera un aligátor o una serpiente o bien que pudieran pisar una zona de barro movedizo que les engullera para matarlos de forma repugnante.

Olía mal, muy mal, a podredumbre. Todo estaba corrompido y al caer de la tarde, los mosquitos se levantarían por miríadas.

Al cabo de unos veinte minutos de marcha llegaron a una especie de poblado. En la oscuridad del interior de aquellos miserables barracones, casi chozas, había gentes que no se atrevieron a salir, ocultándose a los ojos de los recién llegados.

Owen trató de verlos sin conseguirlo y no quiso forzar ninguna de las viviendas. Se encogió de hombros y siguió caminando. Sabía que en los

pantanos vivían aún restos de seminolas, muchos de ellos mestizos, que preferían vivir allí que en las reservas ubicadas en otros puntos.

Aquellos seres, a los que seguramente pertenecía el guía y entre los que también se contaban negros y cruces de negros con indios, vivían inmersos todavía en un mundo de superstición y el no salir de los pantanos les aislaba del mundo exterior, avanzado y técnico.

Al llegar allí, todos comprendieron que era como regresar a la época colonial. Incluso, la casa que descubrieron ante ellos, construida en madera, pero grande y con pretensiones de gran mansión, era colonial, quizá del siglo XVIII.

—El que edificó esta casa de origen buscó un punto muy solitario —opinó Owen.

—El profesor les aguarda dentro —dijo el mestizo, deteniéndose ante el amplio zaguán y dejando la maleta de Ethel en el suelo.

—¿Usted no entra?

A la pregunta de Owen, el mestizo respondió:

—No. Nadie entra en la casa salvo que lo exija el profesor.

El mestizo se alejó con su rifle, rodeando la casa.

Los ocho recién llegados se miraron entre sí, perplejos. Ionich expuso sin ambages:

—No me gusta este, ambiente.

—Casi parece un templo prohibido para ellos —musitó Sheldon.

—Tiempos coloniales. Esta casa debió de levantarla un francés.

—Yo no he estudiado profundamente la arquitectura colonial francesa; sin embargo, opino que lo es, claro que no creo que hayamos venido hasta aquí para discutir este detalle.

—Ivette tiene razón, mejor será que entremos.

Owen tomó también la maleta de Ethel y se encaró con el zaguán subiendo los peldaños que lo aislaban del suelo cuando se escuchó un largo, doloroso y espeluznante alarido que semejaba brotar de las entrañas de la tétrica mansión colonial que se levantaba en medio de los pantanos y ahora bajo un cielo encapotado totalmente.

Giogo dio un salto hacia atrás.

—A mí no me gusta tutto esto. Oigan, ¿no nos habrá preparado una broma nuestro amigo el profesore Svovoda?

Ethel opinó:

—Jamás vi al profesor gastar una broma, ni siquiera sonreír.

—¿Podrían decirme cómo es ese profesor?

Fue Ivette la que respondió a Owen Hibbs.

—Pronto lo verá personalmente. Es un hombre alto, muy delgado, con ojos pequeñitos y abundante cabello leonino, totalmente blanco.

—La imagen de un espectro —opinó Owen.

—¿Acaso no conocía al profesore? —se asombró Giogo.

—No, me contrató por carta. Ahora, olvidemos ese grito y entremos,

aunque podía haber salido él a recibirles, ¿no creen?

Todos asintieron con la cabeza y miraron suspicaces la entrada de la mansión que debía de tener la madera podrida en muchas de sus partes. El ambiente no era para menos.

Bajo el cielo totalmente nublado, todos estaban cubiertos de sudor y las ropas se les pegaban al cuerpo. El sol no se veía por parte alguna, pero el calor era bochornoso.

Entraron en la casa.

Cruzaron un vestíbulo y quedaron en un salón espacioso del que partía una doble escalinata en forma de herradura que subía al piso.

—Es muy grande esto —dijo Sheldon.

—Y muy viejo todo —gruñó Ionich.

Ethel dijo:

—Huele mal.

—Da miedo la suciedad que hay aquí —observó Ivette—. Cualquiera sabe la de insectos que vivirán aquí dentro.

—Signore piloto, io me marcho con usted. Creo que el deseo de ver mundo no me compensa el permanecer una noche en esta casa.

—Vamos, Giogo, cualquiera pensaría que tienes miedo —rezongó el negro Basil.

—Tuttos conocemos al profesare. Tenía unas teorías muy especiales sobre lo maligno. Oí comentar que lo habían expulsado del profesorado de la Sorbona de

París.

—Bueno, su profesor no aparece y la casa tiene el aspecto de estar desierta. Ahora me gustaría saber de qué es profesor el tal Svovoda.

—De Metapsíquica, señor Owen Hibbs, de Metapsíquica —contestó una voz profunda y cavernosa que semejó salir de las paredes de la casa, llegando claramente hasta ellos y obligándoles a mirar en derredor sin llegar a descubrir a nadie.

CAPITULO III

—¡Profesor Svovoda! —interpeló Owen Hibbs, en voz bien alta y clara para poder ser oído.

—Sobre la mesa encontrarán siete llaves con sus respectivos llaveros de madera. En cada uno de ellos está escrito el número de la habitación y el nombre de ustedes. Acomódense, ahora no puedo atenderles. Les veré a las nueve, a la hora de la cena. Será en el salón pequeño que está al fondo del que se hallan ustedes ahora y al que se llega por debajo de la gran escalinata. En cuanto a usted, señor Hibbs...

Un trueno que hizo retumbar la mansión desde sus pilares cortó las palabras del profesor Svovoda, que les hablaba desde algún lugar oculto.

Inmediatamente, comenzó a llover de forma copiosa, con grandes gotas que caían pesadamente en la tierra siempre húmeda.

—¿Decía, profesor?

—Encontrará el dinero que le prometí sobre la mesa. Ya puede marcharse, su trabajo ha terminado.

—¡Eh, *profesore*, aguarde! —exclamó Giogo, preocupado—. Si el americano se va, ¿cómo regresaremos nosotros?

—Yo les facilitaré el regreso, pero por unos días serán mis invitados aquí en la mansión de Rutier.

—Me temo que no podré marcharme ahora, profesor. Está lloviendo demasiado y no es el mejor momento para despegar con el Pato —objetó Owen Hibbs, mas ya no obtuvo respuesta.

—Se ha callado, no quiere hablar más —observó Ivette, con su marcado acento galo.

Owen, que había dejado las maletas, fue el primero en acercarse a la mesa. Allí estaba el sobre, lo abrió y contó los billetes que había en su interior.

El estirado Egan le preguntó:

—¿Su salario es correcto, señor Hibbs?

—Sí, y diría que hasta generoso, hay tipos que dan menos propina que su querido profesor. Bien, por mí esto está listo. Cuando termine de llover, me largo. La verdad es que no sería de mi agrado permanecer aquí.

—¿Ah, no? —preguntó Ethel, volviéndose hacia él de forma que al moverse su cuerpo onduló y mostró la casi totalidad de sus bonitas piernas.

—Considero que la compañía es buena por duplicado, pero yo vivo de rentar mi Pato y aquí el trabajo se acabó. Por lo visto, su profesor ya tiene preparado el medio de regreso para ustedes, aunque a mí no me gustaría que jugaran conmigo al gato y al ratón.

—Y a nosotros tampoco —corrigió Ionich, moreno, de ojos negros, también alto y fornido. —Exactamente —corroboró Ethel—. No ha sido un buen recibimiento hablarnos a través de un altavoz oculto.

—Yo diría que hay varios altavoces —corrigió Owen—. No se podía

determinar la procedencia de la voz. Para casos como éste, en que se pretende desconcertar al prójimo, se utilizan un mínimo de tres altavoces y de este modo es imposible averiguar de dónde procede la voz.

—¿Y para qué querrá desconcertarnos el profesor Svovoda si somos sus invitados y se ha molestado tanto para localizarnos, pagarnos billetes de avión y contratarle a usted incluso? —preguntó Basil Whorf.

—Lo ignoro, jamás he visto a su profesor, sólo sé que no quiere dejarse ver y a mí no me gustan los tipos que se ocultan.

—A mí tampoco. Soy de la opinión de Giogo, me marcharé con usted en cuanto termine de llover —dijo Ethel, decidida.

—¿Usted no quiere marcharse? —le preguntó a Ivette—. No voy a cobrarles nada por el regreso, el viaje está cubierto ya y los galones de gasolina pagados.

—Bueno, yo soy periodista profesional y por vocación. Si existe algo importante aquí, me gustaría captarlo. He traído una filmadora, un magnetófono a cassette y una pequeña máquina de fotografiar. Hemos hablado del profesor Svovoda como de un hombre raro, enigmático, pero hemos olvidado puntualizar que es un científico muy interesante.

—Interesante en teorías nada más —corrigió el ruso.

—Es cierto —admitió el inglés Egan, acariciándose el mentón cubierto por la recortada barbita—. Nosotros sólo recibimos teorías por demás absurdas, claro que en Metapsíquica y Parapsicología hay que estar abiertos a todo lo nuevo y ofrecer un margen de confianza a las teorías más revolucionarias. Sin embargo, hay que admitir que el profesor Svovoda se pasaba con las suyas.

—Está bien; ahora ya sé que es un profesor que algunos consideran y otros no, pero todos piensan que tiene teorías absurdas sobre una ciencia que desconozco. Cuando termine de llover y espero que sea pronto, me voy. No me interesa el tema, aunque, repito, la compañía sea grata.

Basil movió las llaves. Escogió la suya, haciéndola saltar en su mano, y dijo:

—Hay que ponerse cómodos. Parece que la noche será interesante y no creo que la lluvia nos permita dormir, es un verdadero diluvio.

—Mientras el pantano no suba de nivel... —dijo Ethel, molesta.

Sheldon gruñó:

—Menos mal que estamos bajo techado.

Los truenos hacían retumbar la casa. La lluvia era torrencial y golpeaba el abundante follaje del pantano, resbalando por sus hojas. En un lugar donde el agua ya era tan abundante, semejaba que terminaría por ahogarles.

—Si esa gente vive ahí afuera, yo creo que debemos estar tranquilos aquí dentro —opinó Ivette. Escogidas las llaves por cada uno de los miembros del grupo, comenzaron a caminar hacia la escalinata.

Ethel alzó su llave ante el rostro de Owen Hibbs y sonriendo, dijo:

—Mi habitación es la cinco.

Tras aquellas palabras, la alemana desapareció hacia lo alto de la escalera

en busca de su cuarto.

Owen Hibbs se encogió de hombros, todo aquello no le importaba. Él no estaba citado con el excéntrico y misterioso profesor, sólo tenía que esperar a que dejara de llover para ir en busca de su hidroavión y con él emprender el vuelo de regreso.

Lo cierto era que Ivette, su belleza rubia con muchas dosis de gracia e ingenuidad, le había impresionado. Ethel era otra cosa. Bella también, pero más ligera y provocativa, como una fruta que podía ser comida, pero sólo por muy seleccionados gourmets.

A Ivette le habían asignado la habitación cuatro y la halló con facilidad.

La puerta era grande, pintada de negro y un tanto sombría. Vio desaparecer a sus compañeros por otras puertas que se abrían en el oscuro pasillo, pues sólo había la luz que penetraba a través de una ventana situada al final del mismo. La lluvia, la intensa nubosidad, habían adelantado la muerte del día.

Al entrar en la alcoba, movió el conmutador, pero fue inútil, no había electricidad. Llevaba un mechero consigo y prendió fuego a las velas de un candelabro de tres brazos que había sobre una amplia cómoda, dando más luz a la estancia. El mobiliario estaba correcto, una cómoda, dos grandes butacas, una cama con dosel y una mosquitera que aquella noche de intensa lluvia no iba a hacerle falta, pero todo estaba sucio, ajado. Allí nadie se había preocupado de limpiar lo más mínimo.

La joven comenzó a inquietarse, todo crujía a su alrededor. La lluvia golpeaba con fuerza contra la ventana, sus pasos sonaban claramente en la habitación y las maderas gruñían acusando incluso su peso.

—Todo aquí está podrido, no sé qué habrá visto el profesor Svovoda en este lugar para escogerlo. —Se preguntó malhumorada, dejando su maletín sobre la amplia cómoda, cerca del candelabro.

* * *

Owen Hibbs salió al zaguán.

Hubiera tomado un trago, pero allí no parecía haber nada para beber, los muebles estaban vacíos. Decididamente, aquel lugar no le gustaba.

Vio caer el agua con fuerza. El barro que se había formado frente al zaguán semejaba hervir, pero había un desnivel apreciable con los canales navegables del pantano y hacia allí se dirigía el agua de la lluvia. Pensó en el Pato y deseó que nada anormal le ocurriera.

«Debí amarrarlo a los árboles», pensó, pero ya no había remedio.

Preparados para la cena, fueron bajando los restantes miembros del grupo.

El italiano Giogo, con los ojos muy abiertos, fue el primero en aparecer. Se había vestido con un esmoquin blanco y sudaba copiosamente.

—¿Qué, se suda mucho?

—¡Por la mía mamma, más que en Nápoles!

—Viendo esta podrida mansión, no creo que su esmoquin blanco sea lo

más indicado, amigo.

—Sí, eso creo yo ahora, pero, ¿qué sabía antes de venir a este lugar? No se lo diga a nadie, pero me ha costado cincuenta mil liras, como nuevo.

Owen Hibbs lo observó muy serio.

—Si el que se lo hizo a medida hubiera pesado unas libras menos, también usted sudaría menos en estos momentos.

Giogo carraspeó y se saltó el botón que había bajo el lazo del esmoquin cuando arribaba Basil y luego los demás. Las chicas fueron las últimas en aparecer. Ethel e Ivette se habían encontrado en el corredor superior y descendieron juntas.

Los hombres silbaron admirativamente. Ambas estaban muy bellas y parecían haber encontrado muy poca ropa para confeccionar sus respectivos minivestidos.

—Es el día de lluvia que he pasado más calor en mi vida —suspiró Ivette.

—Creo que es hora de que vayamos al saloncito a cenar —sugirió el inglés Egan.

—Y yo les acompaño —dijo Owen.

Cuando abrieron la puerta del saloncito descubrieron una larga mesa con la vajilla preparada, botellas de whisky y otras de vino y tres candelabros iluminándola. —Tomen asiento, por favor, bien venidos a la cena —dijo de pronto la voz del profesor Svovoda, sonando cavernosa y profunda como la vez anterior.

—Hum, veo que hay nueve cubiertos. Parece que el profesor ha pensado que yo también debía cenar —dijo Owen.

—Dejen la cabecera de la mesa libre. Yo no podré estar con ustedes cenando, pero será como si presidiera la mesa. Por el momento, les pido disculpas por la falta de electricidad en toda la casa, pero la única que poseo es para mi trabajo.

Se miraron entre sí, dubitativos, pero obedecieron tomando asiento. No tardó en aparecer un indio, por sus rasgos un seminola de los pantanos, vestido de blanco y que comenzó a servirles.

—Dawi es mudo y sordo; es inútil, por tanto, que le hagan preguntas. Disculpen también su poca experiencia en tratar con gente tan cuidada como ustedes... —añadió la voz que semejaba brotar de todas las paredes.

—Oiga, profesor, ¿por qué no deja de jugar al escondite y se deja ver?

—Señor Hibbs, tengo mis motivos para permanecer a distancia. Estoy poniendo a punto mi trabajo y usted no debe interferir en él. Aguarde a que cese de llover y márchese, se lo ruego.

El indio Dawi sirvió una carne blanca y fina que nadie supo distinguir. Luego, verduras y frutas silvestres. La cena se realizó en silencio, se sabían escuchados, controlados por el profesor y nadie quiso hacerse ver demasiado. Había una gran tensión mientras las llamas de las velas oscilaban por las filtraciones de viento que tenía la vieja casa, repleta de intersticios.

Al concluir la cena, se escuchó nuevamente la voz del profesor.

—Espero les haya gustado la carne de serpiente. No entraré en detalles de qué especie es, pero les aseguro que no era venenosa y sí muy alimenticia.

Giogo, temperamental, vomitó sobre el plato. Los demás pusieron cara de circunstancias y a unos les afectó más que a otros.

—Sírvanse coger los candelabros para iluminarse y caminen hacia la puerta que Dawi les abrirá al fondo. Ahora asistirán a unas prácticas que jamás podrán olvidar.

Owen Hibbs tomó uno de los candelabros; Basil y el ruso Ionich le imitaron.

El grupo, iluminado por las vacilantes llamas de las velas, con el rumor fuerte y continuado de la lluvia, se dirigió hacia la puerta que el indio sordomudo les franqueó, una puerta que sólo mostraba oscuridad, tinieblas, quizá algo desagradable.

Todos miraron hacia delante con recelo y algunos con temor, pero siguieron caminando hacia la puerta que les mostraba una escalera descendente que les conduciría a los húmedos sótanos de la mansión de los pantanos.

CAPITULO IV

Al final de la tenebrosa escalera había una estancia alargada, sin otra salida que la propia escalera. Una de sus paredes era un enrejado de acero.

—Esto parece una cárcel —opinó Ethel.

—lo me marcho arriba. —Giogo hizo una pausa, agregando—: Si alguien sube también.

De nuevo, un alarido espeluznante, largo y quejumbroso, les sobrecogió. Esta vez, el grito venía de muy cerca. Todos se miraron a la luz de las velas cuando la estancia que había al otro lado de las rejas se iluminó súbitamente. La viveza de la luz eléctrica hizo inútiles las vacilantes llamas.

Todos parpadearon ante el inesperado cambio de luz.

—Fijaos, es un laboratorio —exclamó Sheldon.

—Parece casi un laboratorio electrónico —observó Basil.

Allí había abundancia de material electrónico, una mesa tipo quirófano pana intervenciones quirúrgicas a cuya cabecera había un casco de cristal y goma y una gran caja de cristal transparente y completamente vacía.

Tenía una base cuadrada de un metro y medio de lado y su altura sería de dos metros. La caja tenía una puerta de brillante acero con un cerrojo y un tubo que lo mismo podía ser de plástico o cristal, pues se veía transparente, y por el que podía pasar el puño de una mujer. Dicho tubo terminaba en el casco al que habían conectado varios electrodos.

Se abrió una puerta que había en la estancia y apareció el hombre alto y enjuto, de abundantes cabellos blancos leoninos que todos, a excepción de Owen Hibbs, conocían.

—¡Profesor Svovoda! —exclamaron varios a la vez, entre ellos Ivette.

El profesor vestía una bata blanca. Su rostro era totalmente inexpresivo y algo hizo que todos tuvieran una sensación de repugnancia hacia él.

Se detuvo a cierta distancia, al parecer no tenía deseos de acercarse a las rejas para estrechar sus manos.

—Ahora podemos vernos personalmente. Supongo que hay muchas cosas que les extrañarán.

—Así es, profesor Svovoda. ¿Por qué tanto misterio, por qué estas rejas, por qué su tardía aparición, por qué esta mansión en los pantanos?

—Son muchas preguntas, Ionich, pero todo será aclarado. Por el momento, les felicito por haber acudido a mí llamada. Podrán ser testigos de un suceso importante, algo que cambiará al hombre y transformará la Psicología, la Parapsicología, la Metapsíquica y muchas cosas más.

—¿Se refiere a las teorías que nos expuso en la Sorbona? —preguntó Ivette.

—Así es. Ustedes se rieron de mí.

—Bueno, profesor, no se lo tomaría en serio —palió Sheldon, conciliador.

—Ustedes podían reírse de unas teorías aún no probadas, pero yo estaba

seguro de que lo que decía era cierto y tenía que demostrarlo y llevarlo a la práctica. Al fin lo he conseguido y todos ustedes serán mis testigos ante el mundo.

Giogo se sobrecogió, pero Ionich soltó una carcajada. Basil también tuvo dificultades para contener la risa y Ethel observó:

—Profesor, creo que esto es ya una mascarada, una broma tonta; claro que el dinero es suyo y puede dilapidarlo como le plazca.

—Sí, es mío y he invertido toda mi fortuna en estas prácticas. Aún se ríen de mí, pero pronto se acabarán sus risas.

Se acercó a una palanca trifásica que había en un panel de mandos y advirtió:

—Sepárense de la reja porque voy a electrificarla.

—Eh, profesor, hablan mucho de teorías y prácticas, pero, ¿de qué se trata?

—Usted debe de ser el señor Hibbs.

—Sí, y me encuentro aquí forzado por el diluvio que está cayendo afuera.

—En pocas palabras, señor Hibbs, le diré que mi teoría consiste en que todos llevamos el mal en potencia dentro de nosotros.

—Eso no es nuevo. La razón, la conciencia, nuestro espíritu religioso, todo lucha contra ese mal para contenerlo.

—Así es, señor Hibbs, hay que atacar el mal de cuantas formas podamos para impedir que nos convierta en fieras, en bestias dañinas y horribles como el propio Maligno, pues así llamo yo al mal y los demás lo saben.

Ionich explicó:

—El profesor Svovoda asegura que el mal, dentro de nosotros, es un ser independiente.

—Supongo que eso es indemostrable —opinó Owen.

Ivette agregó:

—El profesor afirma que esa parte negativa que todos llevamos dentro puede materializarse en el exterior, que podemos sacarlo de nuestro cuerpo.

—Señor Hibbs, lo que les dije a mis alumnos del cursillo veraniego internacional en la Sorbona de París es sencillamente que si se conseguían los medios adecuados se podría extraer el Maligno del cuerpo humano.

—Vamos, profesor, eso es una tontería. El bien y el mal dentro de nosotros es una misma cosa —replicó Owen Hibbs.

—El Maligno es independiente, aunque admito que, muerto él ser, muere también el Maligno materializado.

—Paparruchas, profesor, paparruchas —replicó Ethel,

El profesor, que se mantenía a distancia, la miró intensamente, como si quisiera taladrarla con sus pequeños ojillos. Luego se volvió hacia la puerta y dio tres secas palmadas.

Apareció un hombre. Era el mestizo que les había llevado en la lancha. No cubría su cabeza con el sombrero y caminaba como un autómata.

Ivette exclamó:

—¡Está hipnotizado!

El profesor Svovoda no dijo nada. El mestizo caminó hasta la mesa de operaciones y se subió a ella, tendiéndose. El profesor Svovoda se le acercó y le colocó el casco transparente que permitía ver el rostro del indio. Cerró las gomas alrededor de su cuello y desde el exterior fue ajustando los electrodos en su cabeza.

Los huéspedes de la mansión de los pantanos se miraron entre sí, ahora vivamente preocupados. Las velas habían sido sopladas, pues resultaba baldío que siguieran quemando.

—¿Va a sacar el Maligno de ese hombre al exterior, profesor? —preguntó Basil, roncamente.

—Así es. Pondré el Maligno materializado dentro de esa caja de cristal que, como pueden ver, está vacía.

Todos quedaron callados, expectantes. El profesor manipulaba sus aparatos electrónicos hasta que le pareció que todo estaba dispuesto. Luego, se volvió de nuevo hacia ellos para decirles:

—El procedimiento es más complicado de lo que a simple vista parece. Los electrodos no son tan sencillos como los de un encefalógrafo vulgar y corriente, y tampoco el tipo de onda que ha de penetrar en el hipotálamo del sujeto experimentado.

—¿Quiere decir que sus rayos electrónicos o lo que sea van a empujar por el hipotálamo al Maligno para materializarlo?

A la pregunta de Ethel, el profesor respondió:

—Sí. Tuve la primera idea al respecto cuando me interesé en la cirugía del cerebro y lo que significaba extraer cierta parte del hipotálamo. La agresividad quedaba anulada, un asesino podía convertirse en un ser lleno de mansedumbre, aunque también perdía toda su personalidad, porque la personalidad de cada uno es la mezcla del bien y del mal y de nuestro cuerpo físico-biológico.

—Yo no puedo creer en sus teorías —dijo Owen, rotundo.

—Señor Hibbs, usted quiere ver para creer, ¿verdad?

—Sí, y no creo que pueda ver nada.

—Le demostraré todo lo contrario, se lo demostraré a todos ustedes y luego al mundo entero. Sé que mi descubrimiento va a horripilar a millones de seres porque se van a redescubrir como verdaderos monstruos repletos de maldad y con poderes ni siquiera imaginados —dijo enfático, con su voz profunda y cavernosa.

Les dio la espalda y se encaminó al panel de mandos.

Sus complejas cajas electrónicas comenzaron a trabajar. Los haremos marcaron cifras misteriosas para cuantos observaban desde detrás de la caja electrificada.

Un disco giró con rapidez y una especie de escobillas comenzaron a frotarlo. De dichas escobillas partían unos cordones conductores que pasaban a una caja de conversión y de ella salían los electrodos conectados al cráneo del mestizo que permanecía con los ojos abiertos dentro del casco

transparente.

La boca del mestizo se fue abriendo y por ella emergió algo extraño y repugnante, de color verdoso a veces y granate otras.

Aquella masa amorfa semejaba un gas muy espeso que cambiaba de forma consecutivamente. Una vez salida del cuerpo del mestizo, la masa se deslizó por el tubo hacia la gran caja de cristal, buscando un lugar donde expandirse.

Owen sintió que alguien le cogía por el brazo, apretándoselo con fuerza. Desvió la mirada y vio junto a sí a Ivette, que tenía la mano crispada. Observó los rostros de los demás y vio que estaban igualmente tensos.

Aquella masa de color cambiante, más verdosa que granate oscuro, terminó de salir del cuerpo del mestizo. Su volumen sería igual al del hombre.

El profesor Svovoda se acercó al tubo y cerró una llave que allí había, incomunicando al indio de aquello tan extraño y horripilante que había brotado por su boca abierta.

Aquello no tenía forma fija, carecía de ojos o de algo que se le pareciera, pero todos tenían la impresión de que les estaba observando mientras emitía un sordo rugido que provocaba estremecimientos y sentimientos de pavor a cuantos lo miraban.

—Señor Hibbs, señor Hibbs —interpeló Giogo, en voz baja.

—¿Qué le pasa?

—¿Nos vamos arriba? Aunque llueva, ¿no podría despegar su avión?

—Cállese.

Aquella extraña cosa salida del cuerpo del mestizo seguía rugiendo, desplazándose dentro de la caja de cristal, pasando de una parte a otra, pero formando siempre algo compacto y definido. En ningún momento, una sola parte de aquella masa aparentemente gaseosa se desgajaba.

—No lo creían posible, ¿verdad? Pues ahí tienen al Maligno de un ser humano y cada uno de nosotros lleva otro igual dentro, más o menos controlado. Eso que ven es la maldad materializada, lo que nos empuja al crimen, lo que mata, lo que nos hace herir a nuestro prójimo, bien sea en forma material, física o psicológica. Sus armas son múltiples y es terriblemente poderoso, aunque dentro del cuerpo humano queda sometido a las leyes que nos gobiernan física y biológicamente. Luego está nuestro espíritu bueno que lucha contra él y lo somete cuanto puede, por eso los más peligrosos asesinos son seres débiles en la parte opuesta al Maligno que les domina.

—¿Trata de decirnos que esa masa casi gaseosa tiene poder ofensivo? A la pregunta de Owen Hibbs, el profesor Svovoda replicó afirmativamente.

—Mucho poder. —Se acercó a una mesa y de ella cogió una caja de madera en la que habían unos orificios. La mostró, diciendo—: Dentro hay una rata de enorme tamaño, una rata muy peligrosa y de afilados dientes que haría retroceder hasta a un gato salvaje.

—No la vemos —objetó Ethel.

—La verán muy pronto.

El extraño y enigmático profesor se acercó a la puerta de acero brillante que poseía la caja de cristal. Puso la puerta de la caja de madera contra la de acero y abrió primero la de la caja y después la metálica.

Dio un golpe seco y de la caja que sostenía en su mano saltó una enorme rata al interior de aquella especie de celda de vidrio.

El profesor Svovoda no había mentido, la rata era tan grande como un conejo.

Pesaría sus tres kilos y parecía muy fiera. El profesor cerró rápidamente la puerta de acero y, de inmediato, el rugido de la masa verde-granate se hizo más intenso.

La rata se enfrentó a ella mostrando sus dientes. La masa, que estaba casi en lo alto, comenzó a desplazarse hacia el roedor y éste retrocedió hasta quedar con su espinazo pegado contra uno de los ángulos.

El Maligno se le acercó implacable y el roedor, dando un rabioso chillido, saltó contra él, traspasándolo y yendo a parar a otro lugar de la caja de cristal, pero la masa la envolvió como engrillándola. Se mezclaron los rugidos y los chillidos de la enorme rata. Unos segundos después, la masa repugnante y cambiante de forma se alzó para colocarse en lo alto de la caja, amoldándose al techo.

Todos vieron que en el suelo, la rata estaba convertida en una pulpa sanguinolenta, difícilmente reconocible.

—¡Qué horror! —exclamó Ivette.

—¿Se dan cuenta ahora del poder que tiene el Maligno? —Por primera vez, Svovoda rió ligeramente. Lo advirtieron por el sonido, no por su rostro que seguía inexpresivo—. El Maligno, así tal cual está, es indestructible, nada podríamos contra él.

—Eso parece absurdo —gruñó Ionich, ya sin ganas de reír.

—Es repugnante —musitó Ethel.

El profesor replicó a la alemana:

—Pues dentro de su cuerpo tan bello hay otro ser igual a ése.

—Esta burla ha llegado demasiado lejos, profesor —exclamó al borde del sollozo a causa del terror que la invadía—. Nos reímos de sus teorías, es cierto, pero lo que está usted haciendo ahora es horroroso. Quiere vengarse de nosotros y ha preparado una monstruosidad, no sé cómo la consigue, pero es repugnante.

—No comprendo cómo dudan todavía. He sacado al Maligno de ese mestizo delante de sus ojos, un Maligno que ya no puede retroceder. El Maligno no retrocede nunca, porque ahora se siente libre, incontrolado, no sometido por el bien que es su enemigo implacable.

—¿Quiere decir que ese supuesto Maligno materializado ya no puede volver al cuerpo del mestizo y, además, es indestructible?

—Exactamente, señor Hibbs.

—Entonces, ¿qué pasa con él?

—Él es indestructible, pero no el mestizo, ese hombre del que ha escapado

gracias a mí ciencia. Ahora, fíjense.

Tomó un largo y afilado machete en el que no habían reparado por no hallarse muy visible, y sin vacilar, lo blandió en el aire dejándolo caer con fuerza, casi con rabia, sobre el cuello del mestizo, cercenándole la cabeza en el acto.

Ethel lanzó un grito e Ivette ocultó su rostro contra el brazo de Owen Hibbs. Giogo se puso amarillo; Ionich estuvo a punto de cerrar sus puños alrededor de los barrotes electrificados. Sheldon quedó quieto, como muerto. Egan parpadeaba aturdido y Basil gritó:

—¡Asesino!

La cabeza había sido cortada limpiamente, la sangre tiñó la mesa y goteó fluida sobre el suelo, mientras el Maligno profería un rugido más terrorífico aún.

Después, comenzó a licuarse, descomponiéndose su masa hasta quedar convertido en un líquido oscuro, de aspecto sucio y turbio en el piso de la caja en la que había nacido y muerto, mezclándose con los restos de la rata.

De pronto, la luz se apagó dejándolos inmersos en una total oscuridad que hizo gritar a las chicas.

Owen sacó su encendedor del bolsillo y no tardó en prender el candelabro que habla dejado en el suelo frente a él. Ionich y Sheldon hicieron lo propio, y cuando la luz de las velas les iluminó, descubrieron que allí no había rejas.

Un infranqueable muro de acero se había interpuesto entre ellos y las rejas electrificadas, aislándoles por completo.

—¡Dios mío, qué horror! —gritaba Ivette, sollozando.

—¡Cuánto lamento haber acudido a la llamada de ese asesino! —gimió Ethel.

—Todo ha sido un número de mago de escenario, no debemos creer lo que hemos visto, es absurdo. Se ha reído de nosotros, ha jugado como un vulgar prestidigitador de feria con unos niños campesinos —masculló Ionich.

—De todos modos, mejor será que vayamos arriba. Aquí abajo ya no hay nada que hacer —observó Owen, cogiendo a Ivette por el hombro para ayudarla a caminar.

CAPITULO V

En toda la noche no habla cesado de llover y tuvieron que retirarse a sus respectivas habitaciones, puesto que no habla posibilidad alguna de salir de la casa bajo la torrencial lluvia.

Owen Hibbs se habla quedado en un sofá del gran salón. Mantenía abierta la puerta grande de la casa que daba al zaguán. Durante toda la noche, habla estado oyendo el fuerte gotear de la lluvia y había permanecido vigilante por si veía aparecer al profesor Svovoda, con el que tenía deseos de charlar, aunque fuera a la fuerza.

Por supuesto, comunicarla a la policía del Estado lo que habla presenciado. La muerte del mestizo no podía quedar impune, era algo más que una muerte en aras de la ciencia, era un asesinato vulgar, pues el mestizo no habla muerto a causa de algo ingerido o por los rayos a que fuera sometido. Un afilado y cortante machete lo había decapitado y un jurado tendría poco que deliberar ante tal hecho.

El ruso Ionich había insistido en que todo era un truco de feria, un ardid teatral al margen de la ciencia. Cualquier mago «espectáculo» podía hacer creer a su público cosas absurdas como la levitación, la desaparición de un ser humano, etcétera, todo al margen de la verdadera ciencia, trucos sin más alcances, aunque con muchas pretensiones.

Ionich había convencido aparentemente a los demás miembros del grupo respecto a que habían sido engañados con trucos ópticos, por ello el profesor les había mantenido a distancia con la reja electrificada. La distancia dificultaba la visión e impedía descubrir el truco, desenmascarando al profesor Svovoda que pretendía vengarse de ellos por haberse reído en la Sorbona de París de sus teorías sobre la materialización del Maligno.

Owen Hibbs no creía en las palabras de Ionich. Opinaba que el ruso deseaba autoconvencerse de que todo aquello era una fantasía óptica y no una realidad, pues ésta resultaría demasiado espantosa. Por supuesto, no había rebatido las palabras de Ionich; no deseaba crear el pánico en el grupo. La situación no era favorable para la marcha. En aquellos momentos, una huida por el pantano significaría una muerte segura.

De madrugada, la lluvia amainó. La noche había sido larga, repleta de ruidos extraños. Owen Hibbs hubiera deseado descubrir el reducto del loco profesor, pero al parecer el subterráneo estaba bien protegido, ya que la pared de acero delante de unas rejas electrificadas significaba que el profesor había tomado todas las precauciones para no ser molestado y menos atacado por sorpresa.

Era obvio que el sótano debía de tener otra entrada, pero sería difícil hallarla en una mansión tan grande y vieja.

Se levantó del polvoriento sofá en el que había pasado las horas nocturnas y se dirigió a la puerta. Al fin había dejado de llover y el cielo comenzaba a

clarear, aunque seguía cubierto por las densas nubes. La torrencial lluvia podía repetirse.

Sacó del bolsillo la cajetilla de cigarrillos. Puso uno entre sus labios y le prendió fuego con su mechero. Chupó con fuerza hasta llenarse los pulmones y se dijo que la situación era absurda. Para dirigirse a un lugar como aquél, debía haberse preparado de antemano, armándose por lo menos con un machete, pero las circunstancias lo habían pillado por sorpresa.

Su proyecto era desembarcar a los pasajeros, cobrar en el mismo lugar del desembarco y despegar de regreso a la base del aeródromo deportivo. Sin embargo, ahora tenía los pantanos delante y sin medios para salir de ellos.

Escuchó unos pasos furtivos tras de sí cuando se disponía a abandonar el zaguán. Se volvió rápidamente, nunca le habían gustado los pasos furtivos a su espalda.

—Soy yo, Giogo.

El italiano, preocupado y con su maleta en la mano, estaba cerca de él, mirándole con los ojos muy abiertos.

—¿Qué le ocurre, Giogo? —Me voy con usted, no haga ruido.

—Yo sólo iba a explorar el terreno.

—Pero lleva las llaves del hidroavión, ¿verdad?

—Sí.

—Pues, vamos. Si hay suerte y llegamos, sólo habrá que subir al aparato.

—Vaya, usted tampoco cree que todo haya sido un truco de feria —dijo irónico y algo sarcástico.

—En ningún momento lo he creído. Il profesore es un loco homicida y yo me largo.

—Lo que debió hacer es no venir aquí de principio.

—Ver mundo es mi pasión y carezco de dinero fácil para viajar a mis anchas. Ya me metí en el primer lío cuando fui a París.

—¿A París? No me diga que cayó en la Sorbona como llovido del cielo.

—Algo así. Yo soy de Nápoles, estudiante.

—Un poco viejo para ser estudiante, ¿no?

—Es que no me aprueban nunca. En fin, leí un anuncio en el que ofrecían becas para universitarios, consistentes en cursos veraniegos en la Sorbona. Las únicas exigencias que pedían era estar matriculado en la Universidad y conocer el francés.

—Y, por lo visto, se le dan bien los idiomas.

—Io soy un loro, sí, un loro. Aprendí francés y también inglés.

—Si se le dan bien los idiomas y mal la Universidad, hágase cicerone de algún lugar de su país. Italia posee una gran tradición de cicerones, tiene mucha historia que mostrar a los turistas. —Io prefiero ser estudiante. La mía mamma me paga cada año la Universidad, ella desea que un día sea un profesore importante.

—Pues me temo que se va a ir al ataúd sin conseguirlo.

—Io creo lo mismo —dijo, sonriendo—, pero, mientras, quiero ver mundo,

tutto el mundo, si puedo.

—De momento, amigo, ya conoce estos pantanos.

—Pues ya me doy por satisfecho, no me interesa ver nada más de este lugar.

—¿No desea conocer más a fondo la ciencia del profesor Svovoda? —preguntó Owen, mordaz, tras expulsar una bocanada de humo.

—No, por la mía mamma que no. —Señaló la arboleda que tenían delante y dijo—: Vámonos, encontraremos la lancha.

—Es posible que sí, pero también es posible que no. El guía mestizo es el que murió en el experimento del profesor.

—Sí, pero usted es piloto y se acordará del camino.

—El piloto recuerda los caminos del aire, no los de los pantanos. No le prometo nada, Giogo. Voy a investigar por si encuentro el camino hasta el embarcadero. Una vez hallemos la lancha motora, tendremos vía libre para regresar al hidroavión, pero yo volveré a la casa por si alguien quiere venir con nosotros. No estaría bien que abandonara a quienes deseen marchar de este lugar.

—Lo comprendo. Yo me quedaré en el embarcadero custodiando la lancha mientras regresa a buscar a quienes deseen venir.

—Eso no está mal pensado. Pero no se le vaya a olvidar que carecemos de armas y en el pantano hay alimañas que pueden resultar peligrosas.

—No me hable de los cocodrilos.

—Llámelos caimanes, que son más pequeños. Tampoco hace falta que los llame aligátores. La gente de esta tierra los llama simplemente lagartos.

—En la mía tierra, los lagartos son piccolos, muy piccolos y no muerden como los caimanes.

—De acuerdo, Giogo, vamos, pero antes entraré en una de esas chozas que hay delante.

—Esa gente no me gusta.

—A mí tampoco, pero ellos pueden tener armas e incluso conocer el camino hasta el embarcadero.

—Si conocen el camino, vayamos a preguntarles.

Salieron del zaguán, dirigiéndose a una de las chozas escogida al azar. Su puerta estaba entreabierta.

Al entrar en aquella choza mal iluminada, algo mortífero brilló ante los ojos azules de Owen Hibbs, que saltó de costado, poniéndose en guardia.

Su instinto de conservación le impulsó a defenderse. Aquel brillo procedía de una larga arma blanca, sin duda un afilado machete, y estaba demasiado reciente lo sucedido al mestizo para olvidarse de cómo había sido decapitado.

CAPITULO VI

Habituado ya a la penumbra, pudo distinguir a su agresor.

—Vaya, si es una chica —exclamó.

La muchacha blandía en su mano un machete, pero estaba muy asustada y si no huía era porque la pared de la choza se lo impedía.

—¡No me cogerá! —amenazó en un mal inglés.

—Si no quiero cogerte.

La joven tenía los ojos grandes y debía de ser bella dentro de su raza. Apenas tendría dieciséis años.

—¿Qué quiere?

—Tu machete.

—¿Para qué?

—Lo necesito para internarme en el pantano. Por cierto, tú podrías indicarme el camino.

—No conozco ningún camino.

—¿Ah, no?

—No, yo vivo aquí.

—¿Sola, no tienes padres? —Mi padre murió en un pantano y mi madre desapareció. Yo me casaré pronto.

—Te deseo que seas muy feliz, pero en este lugar, mal vas a vivir.

—¡Ustedes son amigos del demonio!

—No, preciosa, no somos amigos del demonio, sólo queremos encontrar el embarcadero.

—Yo no sé dónde está.

—¿Seguro?

—Sí.

—Pero alguien de los que viven por aquí lo sabrá, ¿no?

—No lo sé; sin embargo, nadie les llevará al embarcadero a menos que lo mande él profesor.

—El profesor os domina, ¿eh?

—Es poderoso, muy poderoso, y tiene por amigo al demonio.

—Está bien, yo buscaré el embarcadero.

—El que no conoce el pantano, si se interna solo por él, jamás vuelve a aparecer.

—Ya supongo que es muy peligroso. Ahora, dame el machete, me hace falta.

Se acercó a la india, vestida únicamente con una corta camisola blanca, y ella levantó el machete, amenazadora. Giogo tragó saliva. No le hubiera gustado estar en el puesto del piloto, pero éste dio un salto adelante y sujetando la mano femenina, la oprimió con fuerza hasta que soltó el arma.

—¿Lo ves? No podías impedirlo.

La muchacha se estremeció de miedo. —El profesor me entregará al

demonio si sabe que les he ayudado.

—Tú no nos has ayudado, pequeña, yo te he quitado el machete, y ahora, no temas tanto a ese profesor.

Le alzó el mentón y le dio un beso suave en los labios.

—No se lo digas a tu novio.

La india sonrió por vez primera, mientras miraba fijamente a aquel hombre alto, de cabello cobrizo y largo bigote.

Owen Hibbs salió de la choza apartándose rápidamente para no delatar que de ella habla sacado el afilado machete que debió pertenecer al padre de la joven.

—Vamos, Giogo, llegamos por aquel lado.

Giogo caminó rápido con su maleta. Sus zapatos se llenaron inmediatamente de barro que dificultó su andar.

Al internarse por la jungla americana, se mojaron rápidamente.

—¡Mamma mía, cuánta agua hay en las hojas!

—Sí, mucha agua, y todo está más encharcado que ayer, pero tenemos algo a favor.

—Dígamelo para saberlo.

—Hoy hace menos calor que ayer.

—Io no lo noto.

—Lo que debe vigilar es que no salga ningún caimán y nos ataque. El aumento del agua les favorece.

Owen Hibbs daba machetazos a árboles y arbustos por donde pasaba, marcando el sendero. Si no era aquel el que debían de seguir, por lo menos servirla para retornar al punto de partida, y de este modo no terminarían totalmente perdidos dentro de las grandes ciénagas.

Giogo no se movía con la misma ligereza que Owen Hibbs y sus pies se hundían en el barro hasta los tobillos.

Owen se aseguraba de que lo que pisaba, dentro de lo que cabía, tenía firmeza. No deseaba terminar engullido por un barrizal como el padre de la muchacha india.

—Eso está muy lejos.

—Sí, no es fácil hallar el camino en la jungla y más después de haber llovido tanto y tan torrencialmente. Las hojas se tuercen y cambia el paisaje —gruñó Owen— . Aquí es muy difícil orientarse.

De pronto, descubrieron a una serpiente que a Giogo debió de parecerle una gigantesca anaconda, pero que no era más que una salvadora de hocico moteado, de aproximadamente un metro y medio de longitud.

—¡Owen! ¡Mamma mía!

Ante la presencia tan cercana del ofidio, Giogo corrió entre el follaje mientras Owen blandía el machete y hábilmente decapitaba al reptil. De súbito...

—¡Owen, Owen!

En su huida, Giogo tropezó con una raíz a flor de agua y cayó en plancha

sobre un barrizal donde no nacían plantas. Chapoteó comprendiendo con gran espanto lo que acababa de ocurrirle. Había caído en zona de barro movedizo que, como si tuviera vida, comenzaba a engullirle.

—¡Owen, Owen!

El piloto saltó por encima de la maleza hasta descubrir a Giogo que agarraba la maleta con su mano como único lugar adonde asirse.

La posición de caída del italiano había sido muy mala y su hundimiento era rápido. Chapoteaba y sólo hacía que llenarse del negruzco y fétido barro.

Owen carecía de una cuerda para salvarle y era del todo imposible ir en su ayuda, ya que ambos se hundirían en la ciénaga.

Buscó rápidamente. Allí había largos arbustos, y, sin vacilar, cortó uno de ellos por la base. Sin entretenerse en desfoliarlo, lo alargó hacia Giogo, que tendió sus manos llenas de barro hacia el arbusto, el cual apenas llegaban las puntas de sus dedos.

—¡No llego, no llego! —chillaba, desesperado.

Exponiéndose a caer dentro del pantano, Owen alargó la rama del arbusto cuanto pudo. Giogo logró agarrarse y Owen comenzó a tirar de ella con dificultades, ya que no tenía un lugar seguro donde sujetarse él mismo.

La posición de Giogo era muy mala. Estaba prácticamente hundido hasta el cuello y sus brazos sobresalían del barro como si no le pertenecieran.

—¡Owen!

—¡No grite más y sujétese fuerte!

—¡Owen, el caimán, el caimán!

Ante la urgente advertencia de Giogo, Owen se volvió y descubrió al aligátor muy cerca de donde él estaba, mirándolo fijamente, dispuesto a saltar sobre él y abriendo sus enormes fauces.

—¡Aguante un poco! —pidió Owen.

Si no salvaba su propia vida, mal podría salvar la del italiano, pero el machete estaba lejos de su alcance, lo había descuidado tras cortar la rama con la que pretendía salvar a Giogo.

En cambio, el aligátor apenas estaba a dos pasos de distancia, dispuesto al ataque y con la particularidad a su favor de que él nada perdería, aunque cayera dentro de la letífera ciénaga.

CAPITULO VII

Ivette no recordaba haber pasado una noche peor en su vida que aquella que acababa de terminar. Había dormitado esporádicamente, pero las pesadillas la habían acosado con horribles monstruosidades.

La entrada de la luz diurna por la ventana la hizo respirar con tranquilidad y abandonó la cama donde las sábanas habían quedado empapadas de sudor después de la noche sofocante.

Se puso un vestido ligero y se acercó a la ventana, abriéndola de par en par y mirando al exterior.

—Ya no llueve —dijo, aliviada. Al mirar al cielo, lo vio muy encapotado —. Pero puede volver a llover.

Se cepilló el cabello. Allí no había agua para lavarse la cara, nadie se había preocupado de añadir comodidades a aquella antigua y desagradable mansión.

Pese a la ventana abierta, la atmósfera era opresiva dentro de la habitación. Ivette no deseaba estar sola y recordó que Owen Hibbs se había quedado abajo en el salón.

Owen Hibbs la atraía con su poderosa personalidad, por ello había buscado estar a su lado cuando bajaran al sótano.

Sin pensarlo más, salió de la alcoba.

El pasillo estaba débilmente iluminado por la luz que entraba por la ventana del fondo.

Descendió la escalera, toda ella construida en madera. La baranda eran verdaderas tallas, aunque la humedad y los insectos la habían estropeado en gran parte.

En el salón, cerca de la entrada, descubrió a Egan y al australiano Sheldon. No había nadie más con ellos. Ivette tuvo que disimular su decepción ante la ausencia de Hibbs.

—Buenos días, Ivette —saludaron los dos hombres.

—Bonjour. ¿No han bajado todavía los demás?

—No, sólo estamos los tres. Quizá alguien haya tenido la suerte de poder dormir —observó Sheldon, el australiano.

—Por de pronto, tenemos la suerte de que ha cesado la lluvia. Nuestro amigo el piloto lo celebrará, pues pronto podrá subir a su hidroavión y marcharse.

—¿Y dónde está el piloto norteamericano? —preguntó Ivette, con su marcado acento galo que realzaba su femineidad.

—Yo no lo he visto —dijo Sheldon.

Por su parte, Egan repuso:

—He bajado después que Sheldon y tampoco he visto señales del piloto. Al ver que la lluvia ha cesado, quizá se ha marchado a través de los pantanos en busca de su hidroavión. —Después de lo que presenciamos ayer, no lo culpo porque tuviera prisa en marcharse —dijo Sheldon.

—No creo que Owen haya huido sin siquiera despedirse, no es de la clase de hombres que huyen —rebatió Ivette, molesta.

—Nadie ha dicho que huyera —puntualizó Egan—, sólo que se ha marchado. Después de todo, él nada tiene que hacer aquí.

—Y creo que nosotros tampoco. No vamos a ser tan estúpidos de prestarnos al juego de la venganza del profesor Svovoda siendo nosotros las víctimas.

—Ivette tiene razón —dijo Ionich, que la había oído mientras descendía por la escalera, tras abandonar su habitación.

Sheldon observó:

—Bueno, ya somos cuatro.

Quedaron reunidos frente a la puerta. El fornido Ionich estaba malhumorado y así lo expresaron sus palabras.

—El profesor ha pretendido tomarnos el pelo. Es una broma macabra para vengarse de lo que nos reímos a su costa en París.

—Si es una broma, no hay que catalogarla de burda —opinó Egan.

—Yo no puedo creer que lo que vimos fuera un truco de magia profesional — replicó Ivette.

—Hay magos profesionales a los que el vulgo considera poseedores de poderes extrahumanos, casi como semidioses, pero sólo hacen que emplear trucos bien preparados y repetidos una y otra vez. Trucos ópticos a veces, otras con recursos de la física. Utilizan electroimanes, o, a la inversa, aprovechan la repulsión de dos polos iguales. En fin, con la química también hacen maravillas cambiando el color de las cosas con un simple soplido.

—¿De modo que estás convencido de que sólo fue un truco para asustarnos? — preguntó Sheldon.

—Sí.

En aquel momento se abrió la puerta del saloncito y apareció el criado sordomudo que traía una bandeja con tazas y una tetera.

—Parece que se acuerdan de nosotros —dijo Ivette.

—Sólo trae cuatro tazas —apuntó el inglés.

—Mientras lo que haya ahí dentro no sea ponzoña de serpiente —gruñó Ionich—, El profesor Svovoda se está destacando como un gran bromista y un gran sarcástico.

El inglés Egan destapó la tetera. Observó su contenido, lo olió con detenimiento y luego opinó:

—Es té, birmano concretamente.

—Es usted un perfecto conocedor de los tés —observó Ivette.

—Como buen londinense. Hay que diferenciar un té hindú de otro birmano.

Bebieron sirviéndose ellos mismos en las tazas. Apenas tomaban los últimos sorbos de la reconfortante infusión cuando llegó hasta ellos la voz del profesor Svovoda.

—Buenos días a todos. Como sé que todavía albergan dudas respecto al

fantástico experimento que con— templaron ayer noche, sírvanse pasar al saloncito.

El sordomudo Dawi les dará un candelabro y con él descenderán de nuevo al sótano. —¡No! —gritó Ivette.

—¿Es que pretende hacernos otro de sus repugnantes trucos, profesor? —inquirió Ionich, agresivo.

Egan replicó:

—Vamos a dejarle aquí con sus chifladuras, profesor.

—Ustedes bajarán al sótano si es que quieren saber lo que le ocurre a su compañero Basil Whorf,

—¿Basil? —exclamó Sheldon.

—Dios mío, no le habrá hecho una monstruosidad a Basil, ¿verdad? —preguntó Ivette, en voz alta.

—La contestación a sus preguntas está abajo. Después de todo, no sería fácil para ustedes marcharse de esta mansión. El pantano, con la lluvia, se ha puesto más peligroso y ninguno de ustedes sabría regresar por sí solo. Sigan mis instrucciones y podrán salir de aquí para luego explicar al mundo la grandiosidad, el fantástico poder del profesor Svovoda.

—¿Por qué no sale usted, se presenta en una universidad y lo explica en una cátedra? —inquirió Egan.

—Porque desde un principio no aprobarían mis experimentos. Una serie de estúpidas moralidades se opondrían a ellos, en cambio, cuando ustedes los propaguen, el mundo se enterará de todo y nadie podrá rebatirlo. Aquí puedo llevar a cabo lo que en otra parte me sería impedido, y ahora sigan mis instrucciones.

—¡Profesor! —Diga, Ivette —respondió la voz que llegaba a ellos a través de ignorados altavoces.

—¡Le creemos, diremos lo que usted quiera, pero déjenos marchar!

Se escuchó una risa profunda, cargada de sarcasmo; semejaba brotar por cada intersticio de la oscura y siniestra mansión de los pantanos.

—La creo, Ivette, pero quiero que cuando hablen de mis experimentos lo hagan con sinceridad, plenamente convencidos de lo que dicen, por eso les ruego que desciendan al sótano.

—¡No podría soportar otra sesión como la de anoche, no, no podría! —exclamó la bella francesa, al borde de un ataque de nervios.

—Sí podrá, ya lo verá. Si no lo hacen, su amigo Basil morirá.

—¡Si asesina a alguno de nosotros, lo pagará caro, muy caro, profesor! —gritó Ionich.

El profesor Svovoda ya no volvió a hablarles. Los cuatro se miraron entre sí, había honda preocupación en sus ojos. Sheldon preguntó:

—¿Avisamos a los demás?

—¿Para qué? Es mejor que no vean nada —objetó Ivette.

—El profesor sólo se ha dirigido a nosotros —dijo Egan—. Ya Os habréis dado cuenta de que sólo ha sacado cuatro tazas de té.

—Es como si esperara no recibir a nadie más.

—Será mejor que vayamos. Si Basil está en peligro, hay que ayudarle —indicó Sheldon. —Está bien, iremos a ver qué nueva y desagradable sorpresa nos ha preparado ese demente pseudocientífico — gruñó Ionich.

Ivette hubiera querido quedarse, pero allí no había nadie más aparte de ellos, Owen Hibbs parecía haberles abandonado y siguió a los hombres.

El sordomudo les aguardaba con el candelabro encendido en su mano. Ionich lo tomó y se internaron en la escalera descendente que ya conocían.

Cuando Sheldon hubo cruzado la puerta, ésta se cerró, debió de cerrarla el sirviente sordomudo. Sheldon se revolvió hacia ella intentando abrirla.

—¡Es una trampa, nos han encerrado!

—¡Maldito sea ese brujo! —masculló Ionich que iluminaba el camino con el candelabro cuyas llamas vacilaban.

—Tomémonoslo con filosofía —propuso Egan.

—Si nos cierran la puerta y abajo hay rejas, es como si estuviéramos encerrados —observó Ivette más que inquieta.

—Está bien, sigámosle el juego —gruñó una vez más el ruso Ionich mientras aspiraban un aire enrarecido que procedía del fondo del sótano.

Llegaron a la sala que ya conocían. Ahora no estaba la pared de acero delante del enrejado.

El laboratorio se hallaba iluminado y el profesor estaba frente a las rejas, mirándolos fijamente con su odioso rostro. A Ivette le pareció que sus ojos se reían de ellos, pero su boca no lo demostraba. El profesor resultaba repulsivo e Ivette no lo recordaba en aquella forma. Estaba segura de que había cambiado y mucho.

—Bienvenidos a mí laboratorio, incrédulos alumnos.

—¿De qué nueva broma se trata? —inquirió agresivo Ionich.

—No vayan a olvidar que la reja está electrificada, tendrían un disgusto si la tocaran —advirtió el extraño y tétrico profesor.

De pronto, se hizo a un lado y dejó ver lo que había estado ocultando con su cuerpo, la gran caja de cristal.

—¡Basil! —exclamaron los cuatro al reconocer al norteamericano de color que se hallaba dentro de la maldita jaula transparente.

CAPITULO VIII

El enorme aligátor arremetió contra Owen Hibbs que se negaba a soltar la rama a la que se hallaba sujeto Giogo.

Las fauces del enorme hidrosaurio estuvieron a punto de cerrarse alrededor de las piernas de Owen, lo que habría sido fatal para éste, pues se habría convertido en la víctima del reptil.

El hombre propinó una patada al animal que éste acusó levemente, revolviéndose con más furia en su contra. Owen no tenía escapatoria si no alcanzaba el machete y gritó al italiano:

—¡Aguante un poco!

Soltó la rama y brincó hacia el machete. El aligátor, como se intuyera sus movimientos aún ignorando lo que el machete podía significar para el hombre, trató de cazarlo con sus fauces y casi lo consiguió, arrancándole la manga de la camisa, ya que Owen se había inclinado para saltar.

Notó el hocico del saurio resbalando por su carne; unas pulgadas más y le habría arrancado el brazo de cuajo.

Consiguió hacerse con el machete, manchándose de barro al caer al suelo. La bestia arremetió contra él para que no escapara lo que debía de constituir su festín por mucho tiempo.

Owen, medio sentado en el suelo, la vio venir con las fauces abiertas, mostrándole las largas hileras de agudos dientes, dispuestas a cerrarse sobre su cuerpo. Era el fin.

Blandió el machete con fuerza y lo clavó en medio del hocico de la bestia que brincó en el aire, furiosa y dolorida.

Owen tuvo que sujetar bien el machete para que en sus violentos movimientos el aligátor no se lo arrebatara, aquella bestia que ahora sangraba y se había tornado mucho más violenta después de la herida recibida.

Tenía que acabar con ella y le asestó un certero machetazo justo detrás de la cabeza, en el nacimiento de su espinazo. El tajo fue tan profundo como mortal.

El saurio, bañado en sangre, sufrió contracciones fortísimas y con su gran cola golpeó a Owen, tumbándolo.

Owen no se olvidaba de Giogo ni de sus dificultades, por ello se puso en pie rápidamente y sorteando al animal que tenía una muerte llena de contracciones, puesto que el aligátor poseía una gran vitalidad, fue en busca del italiano. Allí estaba el arbusto con todo su follaje. Giogo había tirado de él y Owen no alcanzaba a cogerlo, tampoco veía ya a Giogo.

Jugándose el todo por el todo, se agarró a unas plantas que crecían a orillas del letífero barrizal y hasta hundió un pie dentro de él, un pie que se sumergía sin apoyo seguro.

Sus dedos tantearon hacia delante, fueron momentos de angustia, pero al fin consiguió sujetar la rama mientras el enorme caimán amainaba en sus

contracciones agónicas.

Tiró del arbusto y éste, en principio, opuso resistencia. Luego cedió y tirando hacia atrás, salió del barrizal. Un hondo pesar embargó a Owen Hibbs.

—Maldita sea, todo inútil...

Giogo había desaparecido bajo el barro. Su maleta se hundía lentamente, quizá por haber escaso peso dentro de ella. Después, hasta la maleta terminó sumergiéndose.

Sus esfuerzos no habían servido para un final positivo. Giogo había pagado su temor a la serpiente salvadora de hocico moteado con una muerte angustiosa aunque rápida.

—¡Maldito caimán, lo hubiera sacado de no atacarme! —se lamentó Owen.

La gran fiera de los pantanos apenas se movía ya, su final estaba próximo y su cuerpo no tardaría en servir de alimento a otros seres vivos.

Retrocedió hasta el camino que habían dejado. Allí había un árbol y le hizo una gran señal, quizá para re— cuerdo del lugar donde un italiano ansioso de ver mundo había terminado en el fondo de una ciénaga.

—Quizá sea eso el mundo, barro podrido que nos engulle hasta matarnos — gruñó Hibbs.

Se le planteaba ahora el problema de seguir buscando el embarcadero, lugar donde debía estar la lancha motora que el mestizo ya no volvería a conducir, puesto que había sido decapitado, o regresar a la mansión colonial, verdadera guarida de un demente científico.

Pensó que si el profesor había asesinado al mestizo existiría alguna otra persona capaz de conducir la lancha, aunque fuera él mismo, o bien cortaba la retirada a sus huéspedes. De todos modos la situación no estaba nada clara.

Recordó las señales en los árboles de los pantanos para el regreso por los canales navegables hasta el hidroavión, pero aquellas señales no estaban en el camino de la casa hasta el pequeño embarcadero.

Se dijo que, posiblemente, no estaba en la pista afortunada y que lo mejor era volver. Alguno de aquellos indios que vivían sometidos al terror del profesor Svovoda debía conocer la ruta hasta el embarcadero.

En aquellos instantes, comenzó a llover de nuevo. No había refugio alguno a su alcance y si la lluvia arreciaba, iba a pasarlo mal, muy mal,

* * *

Basil Whorf se hallaba dentro de la gran jaula de cristal, de pie y con los ojos abiertos, pero extraviados. Todo él estaba inmóvil y ausente. Ivette le gritó:

—¡Basil, Basil!

La joven intuía lo peor, lo macabro, lo repulsivo. Basil no respondió y el profesor Svovoda volvió a reír con su voz cavernosa, sin que se le notara lo más mínimo en su rostro.

—Es inútil, está hipnotizado. Sólo yo sé cómo despertarlo, cómo sacarle del trance en que se encuentra.

—Profesor, ¿qué pretende con esta nueva y burda broma? —inquirió Ionich.

—Convencerles, son ustedes reacios a creer. La mayor parte de la humanidad, ante lo anormal, lo inaudito, si no lo ven con sus propios ojos no lo creen, pero ustedes son más difíciles aún. Con una vez no les basta, se creen muy listos, son suficientes y soberbios. Dudan hasta de lo que ven, por ello es mejor que el experimento se repita para que penetre a fondo en sus cerebros y ya jamás puedan olvidarlo.

—¡Basta, profesor, basta, le creemos! —gritó Ivette.

—No, no me gusta esa forma de creer.

—¿Qué nueva monstruosidad pretende llevar a cabo, profesor? —inquirió Sheldon.

—Les aseguro que el experimento que van a presenciar en esta ocasión no podrán olvidarlo nunca.

—¡Yo me voy, no puedo resistir esto! —Es inútil que quiera marcharse, Ivette, la puerta de arriba está cerrada. Sólo se abrirá cuando esto de aquí abajo termine.

—Mejor será que saque a Basil de esa jaula de cristal si no quiere arrepentirse luego.

—Yo no tengo que arrepentirme de nada, absolutamente de nada, Ionich. Soy grande, he descubierto algo que ni siquiera nadie había imaginado.

—Sí —replicó Egan—, Robert L. Stevenson escribió la historia del doctor Jekyll.

—Egan, la historia de míster Jekyll y míster Hyde es algo diferente a todo esto. Ellos eran una sola persona que se transformaba, lo cual es absurdo. Lo que yo hago es separar el Maligno del resto del espíritu y, por supuesto, del cuerpo. Materializo al Maligno como un ente aparte aunque unos rayos invisibles y desconocidos totalmente incluso para mí, los unan. Es un enlace metapsíquico que algún día descubriré, pero que ahora constituye un enigma. Al morir el cuerpo, muere el Maligno, porque en realidad le pertenece. Ya ve que las historias son distintas, muy distintas. Por otra parte, aquello era una novela y esto una realidad que pueden ver con sus propios ojos, una realidad tangible. Primero, la teoría y ahora la experiencia práctica.

—¡Existen unos límites en la ciencia que no debemos rebasar jamás! —Gritó Ivette—. ¡Es tentar a Dios y la soberbia tiene su castigo adecuado!

—Para mí, la ciencia no debe de tener límites. Muchos otros que ahora tienen monumentos que les honran, hicieron experiencias con seres humanos aunque nadie más que ellos y sus víctimas lo supieran, y yo no se lo reprocho. Ellos tenían que alcanzar un fin y como dicen ustedes los anglos, señor Egan, todo está bien si acaba bien.

—Pero esto acabará mal, profesor, muy mal —gruñó Egan—. Además, yo no comparto esa teoría.

—Pues es una lástima, porque yo sí la acepto y soy el que lleva a cabo las experiencias que ahora se dispondrán a ver.

Se volvió dándoles la espalda y dio tres secas palmadas mirando hacia la puerta por donde la noche anterior apareciera el mestizo luego decapitado.

CAPITULO IX

Ante la estupefacción de todos, en la puerta se recordó la figura de la alemana Ethel. La joven iba cubierta únicamente con la corta y semitransparente camisa de dormir, que no podía ocultar su belleza femenina.

Su cabello castaño claro caía suelto sobre los hombros y su mirada se hallaba tan extraviada como la de Basil Whorf.

—¡Ethel, Ethel! —llamó Ivette a gritos.

En su excitación, estuvo a punto de tocar la reja electrificada. Sheldon la apartó y sufrió una sacudida en el brazo que le produjo una ligera quemadura.

—¿Te has hecho daño?

—No, Ionich, no es nada.

Ethel tenía los pies desnudos, era obvio que había sido hipnotizada en su propio lecho y arrancada de él con la fuerza magnética que poseía el profesor Svovoda para quien, al parecer, resultaba muy fácil la práctica de la hipnosis.

La joven se tendió en aquella especie de mesa de operaciones, ahora limpia, y su cuerpo semejó aún más hermoso estirado sobre la fría y horrible mesa. No decía nada, sólo obedecía las órdenes del profesor que iba a experimentar con ella.

Svovoda no perdió tiempo y colocó rápidamente la cabeza de Ethel dentro del casco de cristal.

—¡No lo haga, viejo loco! —chilló Ionich.

—¡Su acción es criminal! —exclamó Egan.

Sheldon le advirtió:

—¡Jamás conseguirá una victoria sacrificando vidas humanas!

El profesor Svovoda volvió la cabeza hacia ellos y dijo con sorna:

—Por su miedo, deduzco que comienzan a creer en lo que hago.

No podían impedir lo que estaban presenciando, la reja electrificada constituía un muro insalvable. Por otra parte, la puerta continuaba cerrada, así lo constató Sheldon que corrió hacia lo alto de la escalera.

—¡No podemos salir!

No había forma de escapar de allí. Iban a ser los espectadores de un nuevo experimento llevado a cabo con seres humanos.

A Ethel le fueron colocados los electrodos que debían incidir en su hipotálamo a través del hueso que protegía esta región del cerebro. Después, cuando hubo concluido la delicada operación, pues debía precisar con exactitud, se volvió hacia sus obligados espectadores.

—Son un hombre y una mujer, dos seres opuestos, pero fíjense bien en que Basil es de raza negra y en cambio Ethel es blanca, muy blanca. Sólo hay que ver su piel — pasó su mano por la piel de la joven que seguía hipnotizada—. Es germánica pura, una fiel representante de la raza aria. Aunque lo dominemos, todos llevamos dentro el sentimiento de la segregación racial. Todos somos seres humanos, es cierto, pero también son hormigas las rojas y

las negras y, sin embargo, luchan entre sí hasta la muerte. El mundo, después de tanta mezcla, camina hacia una raza unificada, pero eso sólo se conseguirá dentro de uno o dos milenios de cruces. Cuando llegue ese día, la segregación racial sólo será historia, pero hoy por hoy, cuando todavía existen sujetos de raza muy definida y antagónica por naturaleza como un negro y un blanco, habrá lucha.

—¿Qué pretende demostrarnos ahora, profesor? —inquirió Ivette.

—Ya lo verán.

—¡No se puede consentir lo que usted está haciendo! —le gritó Sheldon.

—Nadie es capaz de impedirme que siga adelante con la ciencia.

—¡Eso no es ciencia —rechazó Ionich—, es locura!

—No me importa que traten de insultarme, lo que me importa es que lo vean y lo crean de forma y modo que jamás puedan olvidarlo, jamás.

Les dio la espalda y comenzó a manipular en los mandos de su complicada maquinaria electrónica.

El disco productor del tipo de fluido que habría de pasar por la caja de reconversión y luego al cerebro de Ethel, comenzó a girar. —Es inútil, no podremos impedírselo —dijo Egan desesperanzado.

El cerebro de Ethel, sin que nadie pudiera impedirlo, comenzó a recibir los extraños rayos u ondas descubiertas por el demoníaco profesor Svovoda y que debían de empujar el sentido del mal fuera de la mente humana, para cuya experiencia el profesor se había basado en los descubrimientos y avances obtenidos en Japón, Estados Unidos y en la propia Europa sobre la cirugía del hipotálamo.

Tal como ocurriera con el mestizo sacrificado la noche anterior, a Ethel se le abrió la boca y por ella comenzó a emerger aquella masa cambiante, amorfa y de color variable, a veces más granate y a veces más verdosa.

Aquel gas que el profesor había bautizado como el Maligno, comenzó a deslizarse por el tubo que unía el casco que encerraba la cabeza de la bella Ethel hacia la gran jaula de cristal donde se hallaba Basil hipnotizado.

Pese a que su rostro no lo demostraba, comenzó a escucharse una risa de satisfacción que brotaba por la garganta ajada del profesor.

Este se acercó a la jaula de cristal y aplicó a ella una especie de ventosa. Agitó una campanilla que había en el interior de la ventosa y transmitió el tañido al cristal.

Aquel sonido sacó de su hipnosis a Basil Whorf.

—¡Basil, Basil, cuidado! —le gritó Ivette.

Basil, al despertar, se sintió aturdido, sin comprender nada. Ignoraba realmente dónde estaba mientras aquella masa seguía brotando lentamente por la boca de la bella Ethel.

—¡No se da cuenta, no sabe dónde está! —exclamó Egan.

—¡El Maligno lo atacará! —opinó Sheldon.

—¡Tiene que ser un truco, tiene que ser un truco!

—No hay truco alguno, Ionich. Hasta la escuela rusa de parapsicología

admite la existencia de una fuerza desconocida llamada psi-gamma.

—¡Pero esto no es psi-gamma! —rebatió Ivette horrorizada.

Basil Whorf se aplastó contra el cristal y a través de él descubrió la reja electrificada y, al otro lado de la misma, a sus compañeros.

Golpeó el cristal con sus puños, mas su esfuerzo resultó inútil. Después, se volvió hacia aquella masa verde-granate. La olió y resultó fétida, asfixiante.

—¡Ese ectoplasma es horrible! —gimió Ivette.

El Maligno había acabado de salir de la boca de Ethel y el profesor cortó la llave que unía el casco con la caja, impidiéndole regresar al casco. La masa tampoco podía volver ya al interior del cuerpo humano, pues el profesor había admitido que desconocía el procedimiento para hacerlo; la reacción era, pues, irreversible.

—Ahora veremos cómo se comporta el Maligno frente a un ser humano y de raza distinta.

—¡Eso es cruel y repugnante! — gritó Ivette.

—¡Sáquenme de aquí! —gritó Basil de forma apenas audible.

Su voz moría dentro de la caja de cristal. Mientras, Ethel seguía respirando normalmente sobre la mesa de operaciones, pero ya no era la misma. Sin aquella parte de sí misma, por maligna que fuera, ya no era la que ellos habían conocido.

La masa amorfa se desplazó hacia abajo para enfrentarse a Basil mientras rugía. Aquel rugido, a Sheldon, Ionich, Egan y la propia periodista francesa, les llegaba amortiguado, pero a Basil debía de resultarle ensordecedor.

El Maligno terminó por atacar a Basil. Era una fuerza extraña y desconocida contra la que nada valieron los puñetazos de Basil que se defendía desesperadamente, pues sus puños horadaban la masa y ésta seguía envolviéndole, como engulléndolo, y debía de tener poderes muy especiales, ácidos o cáusticos, que mordían la carne y la descomponían. Posiblemente, también poseían una fuerza a base de energía intangible, pero capaz de romper o triturar hasta los huesos, como podía hacerlo una onda sonora concentrada, capaz de demoler un edificio.

Ante el horror de los que lo presenciaban, el Maligno envolvió totalmente a Basil. Se escucharon gritos horrendos, gritos de dolor que espeluznaban.

—¡No puedo más! —chilló Ionich.

El candelabro que sostenía era de bronce macizo, pesado pero estrecho a la vez. El ruso lo lanzó a través de las rejas y con toda su alma contra la jaula de cristal.

El candelabro consiguió su objetivo por la contundencia con que fuera lanzado y la gran caja de vidrio se rompió estrepitosamente.

El profesor Svovoda saltó hacia atrás, sobresaltado y aterrorizado a la vez mientras gritaba:

—¿Qué ha hecho? ¡Ha dejado libre al Maligno!

Aquella masa repugnante, paradójicamente brotada de un cuerpo tan bello, salió rápidamente de su encierro, abandonando a su presa.

Basil Whorf yacía en el suelo con el cuerpo sin piel y sangrante, hasta la ropa había sido atacada por la monstruosa masa que demostró poder desplazarse con rapidez por el aire.

Se dirigió hacia los cuatro forzados espectadores, pero la reja electrificada la contuvo. Se produjeron unos chisporroteos y el Maligno retrocedió rugiendo, como dolorido. Era difícil precisar de dónde procedía aquel rugido ni cómo podía orientarse careciendo, al menos visiblemente, de ojos y oídos.

El profesor Svovoda tomó el fatídico machete, pero la masa, comprendiendo lo que iba a hacer, se interpuso entre el cuerpo de Ethel, al que pertenecía, y el profesor que blandía el arma.

—¡No, no, déjame, tienes que morir!

La masa avanzó hacia el profesor que no estaba protegido por reja alguna.

Con el pavor atenazándoles hasta los huesos, Ivette, Egan, Ionich y Sheldon vieron cómo el profesor pasaba una y otra vez su machete por el interior de la masa amorfa, riendo y gritando a un tiempo en una locura satánica.

—¡Es indestructible, es indestructible!

El profesor fue quedando arrinconado. Entonces, temió las consecuencias, comprendió que era su fin y dobló las rodillas, clavándolas en el suelo. Soltó su machete suplicando:

—¡No me mates y seré tu siervo, no me mates y te daré hermanos! ¡Serás poderoso y alimentaré el cuerpo que te da vida! Si Ethel muere, tú también morirás. Te serviré, te serviré, seré tu esclavo.

El profesor Svovoda, en su servil entrega a la monstruosa masa de energía, llevó los diez dedos de sus manos hasta su propio rostro y tiró de él arrancando la careta que le cubría.

Ante los ojos de los forzados espectadores, apareció un rostro horrible y monstruoso mientras el Maligno rugía detenido frente al profesor, como aceptando su ofrecimiento.

—¡Hay que huir de aquí o nos pasará lo que a Basil! —gritó Ivette.

Los cuatro corrieron escaleras arriba. La puerta continuaba cerrada, pero entre los tres hombres arremetieron contra ella una y otra vez hasta que la hicieron saltar de sus goznes.

Arrancaron la hoja de madera de cuajo, escapando del horrible sótano.

CAPITULO X

Empapado por la torrencial lluvia que volvía a caer sobre los pantanos y gracias a haber tenido la precaución de marcar el camino con el machete, Owen Hibbs regresó a la inhóspita mansión que transpiraba podredumbre.

Con el cabello lacio pegado al rostro, saltó al zaguán. El machete que no había abandonado, chorreaba agua.

Pasó al gran salón cuando vio correr hacia él, con los rostros aterrados, a Egan, Sheldon, Ionich y la bella Ivette.

—¡Alto! Afuera llueve como si fuera el diluvio.

—¡Owen!

Tras la exclamación, Ivette se le abrazó con un gesto instintivo; que el hombre estuviera empapado no la había contenido.

—¿Qué pasa? —inquirió Hibbs acariciando con su zurda los cabellos dorados de la joven periodista.

—¡Un machete! —exclamó Sheldon con cierto suspiro de alivio.

—Menos mal que está armado —observó Ionich—. ¿De dónde lo ha sacado?

Egan, pesimista, antes de que Owen Hibbs pudiera dar alguna respuesta, opinó:

—Un machete no sirve de nada contra el monstruo.

—¿De qué monstruo están hablando?

—Es el monstruo de Ethel, Owen.

—No entiendo nada.

Ionich explicó:

—El profesor Svovoda ha repetido la horrible experiencia de anoche. Esta vez, como rata, dentro de la jaula de cristal ha encerrado a Basil y ha sacado el Maligno del cerebro de Ethel. He de confesar que ha sido monstruoso.

—Deduzco que sí.

Ivette, con el rostro pegado al torso medio descamisado del piloto, sollozaba ahogadamente.

—Basil ha muerto atacado por ese horrible monstruo —gruñó Sheldon.

—¿También ha matado a Ethel?

—No —denegó Ivette.

Egan aclaró:

—Ionich ha roto la caja de cristal con el candelabro y el Maligno ha escapado.

—Diablos, eso es más grave todavía. Según lo que oí ayer noche, el Maligno no puede regresar al lugar que le corresponde dentro del cuerpo humano. La verdad es que temo que me estoy volviendo loco, esto es como una pesadilla y yo jamás he visitado al psiquíatra.

—No es una pesadilla, Owen. El Maligno de Ethel ha escapado y se disponía a asesinar al profesor que estaba a su alcance. Este lo ha repelido con

un machete como el que tú llevas y nada ha conseguido.

Ivette sollozaba. Sus pechos, faltos de brassier que los aprisionara, se agitaban. Su vestido tenía un gran escote y la belleza femenina estaba muy a la vista del norteamericano.

—El profesor ha jurado fidelidad al Maligno para salvar su vida.

—¿Y el Maligno?

—Ha parecido entender, aunque yo no comprendo cómo puede hacerlo —gruñó Ionich.

Sheldon explicó:

—Si es parte del cerebro o del cuerpo, pues es innegable que debe de tener un peso específico, una potencia bioeléctrica y energía, puede entender por lo que llamaríamos telepatía.

—Dejémonos de tecnicismos —cortó Owen Hibbs—. Lo que quieren decir es que ese monstruo anda suelto y el profesor se ha puesto a sus órdenes. Por lo tanto, el profesor, en vez de asesinar a Ethel, va a proteger su cuerpo.

—Eso es, y el profesor ha prometido darle más hermanos de especie al Maligno.

—Entonces, debemos suponer que buscará nuevas víctimas para su satánico laboratorio —Owen Hibbs respiró profundamente; Ivette no se separaba de él.

—Hay que huir de aquí —sollozó la joven.

—Afuera hay víctimas propicias para ese demente del profesor —advirtió Owen. Sheldon indicó:

—Nosotros tenemos el hidroavión para escapar.

—No es tan fácil llegar hasta el aparato y más con esta lluvia torrencial. He estado buscando el camino hasta el embarcadero, ¿por qué creen, si no, que vengo tan empapado de lluvia?

—¿Lo has encontrado? —preguntó Ivette ante la expectación general.

—No.

Todos demostraron preocupación; no se les escapaba que podían terminar convertidos en horribles monstruos como el que ahora se hallaba en completa libertad, fuera del cuerpo humano donde podía ser sometido y controlado por el cerebro, por su espíritu del bien.

—Pero, habrá alguna forma de encontrarlo —masculló el ruso.

—Les tengo una mala noticia.

—¿Más? —preguntó Ivette ahogadamente.

—Sí. Giogo ha muerto.

—¡Mon Dieu! —exclamó la muchacha pesarosa, apartándose ligeramente de Owen.

Ionich preguntó:

—¿Cómo ha sido?

—Ha caído en una ciénaga movediza. He intentado salvarlo, pero un gran aligátor me ha atacado. Con sus dientes me ha arrancado hasta la manga de la camisa —todos se fijaron en que, efectivamente, le faltaba una de las mangas

—. He conseguido matar al caimán, pero no salvar a Giogo que ha desaparecido bajo el barrizal. —Entonces, sólo quedamos nosotros —musitó Ivette, apenada.

Owen puntualizó:

—Sí, y Ethel, que en realidad está viva también.

—Pero ya no es como nosotros —dijo Sheldon.

—La situación es muy grave —opinó Egan.

—Es usted muy teórico. Yo creo que lo mejor en este caso es atacar directamente al mal, es la única forma de vencer.

—¿Atacar, cómo? —preguntó Ivette.

—¿Dicen que acaban de salir de ahí abajo?

—Sí, hemos salido a escape, esa fiera podía asesinarnos.

—No, ese Maligno sólo eliminará a quien le interesa. Quizá le importe más entregar víctimas al profesor para que éste vaya formando un grupo numeroso de malignos que terminen por dominar el pantano.

—No se puede atacar, el propio profesor lo ha intentado con su machete y no ha conseguido nada —advirtió Sheldon.

—Owen, Owen, además no sabes otra cosa.

—¿El qué?

—El profesor es monstruoso.

—¿Te refieres a su maldad, Ivette?

—No, a su rostro, no es el que conocíamos.

Owen interrogó a Ionich con la mirada y éste explicó:

—Ante el monstruo, como signo de servilismo, se ha quitado la careta que le protegía. —Lo imaginaba. Su rostro no era expresivo ni aun cuando reía.

—Es horrible lo que tiene por cara, no parece ni humano.

—Pudo sufrir un accidente —manifestó el australiano Sheldon.

—O el ataque de otro maligno como el que está suelto ahora —observó Owen Hibbs—. Sea lo que fuere, quizá haya colaborado a que su locura sea más aguda y, por tanto, más peligrosa.

—Sí, no cabe duda de que es un demente, pero ha descubierto algo fantástico y horripilante a la vez: el mal materializado, lo que nunca habríamos podido ni imaginar. Me reía del profesor y volvería a hacerlo de no haber visto tantas monstruosidades —dijo Ionich.

—Creo que la única forma de terminar con esto es acabar con Ethel.

—Owen, ¿serías capaz?

—Si no queda otro remedio... Afuera hay gente, indios y mestizos, tan seres humanos como nosotros. Ellos son fáciles víctimas para el profesor, no cabe duda de que posee un gran poder hipnótico.

—Eso es cierto —aceptó Ionich—. Basil y Ethel estaban hipnotizados por él.

—He visto a una muchacha india ahí en una choza, es la propietaria de este machete. Está asustada, atemorizada como los demás que viven aquí.

—¿Y por qué no se marchan? —preguntó Ivette.

—Quizá porque siempre han vivido en este lugar. Ellos apenas conocen la civilización, viven como sus ancestros. Son supersticiosos y fácil presa del profesor Svovoda y su ruindad. Los habrá convencido para que permanezcan aquí y le sirvan de criados, le busquen comida y actúen como cobayas si es preciso, porque no creerán que lo que vimos ayer fue su primera experiencia, ¿verdad? Habrá probado en repetidas ocasiones hasta conseguir su éxito. ¿Cuántas vidas habrá costado eso? Necesitaba a gente, incontrolada, posiblemente esos indios de ahí afuera no están ni siquiera registrados en el censo del Estado. Tenía que buscar a personas que, aun desapareciendo, no llamaran la atención y aquí las ha encontrado. Hay que atacar al profesor.

Owen se despojó de la camisa empapada, quedando con el torso mojado y desnudo.

El brillante y afilado machete colgaba de su diestra, semejaba a punto de caer, pero Owen sabía utilizarlo y en el momento oportuno cruzaría el aire mortíferamente.

—Voy a bajar al sótano, pueden esperarme aquí.

—¡No, Owen, no, le matarán como a Basil! —le gritó Ivette.

Entre Ionich y Egan la retuvieron mientras el norteamericano se dirigía al saloncito para, a través de él, llegar al sótano.

CAPITULO XI

Owen Hibbs, sin luz, pues sólo poseía la de su encendedor, se deslizó escaleras abajo hacia aquella especie de palco que el profesor Svovoda habla preparado para sus visitantes, sin que pudieran intervenir ni interrumpir sus tétricos experimentos con seres humanos

Terminó de descender los peldaños en plena oscuridad. No se ola nada y se vela menos. Sacó su encendedor que, por ser de gas, no había resultado afectado por la lluvia. La piedra se habla mojado, pero bastó oprimirlo varias veces para conseguir que la llama apareciera.

La coraza de acero le impedía ver nada. Al otro lado de la misma estaba la reja electrificada y era materialmente imposible cruzar aquella doble barrera. Buscó algún resquicio para intentar mover el panel de acero, mas fue imposible. Por otra parte, desconocía su grosor.

Pegó su oído a la plancha y escuchó un extraño rugido, casi un ronquido.

Pensó que el Maligno se hallaba en el laboratorio, quizá protegiendo el cuerpo de Ethel, pues debía saber que la muerte de la joven significaba su propia muerte. Aquel hecho, Ethel lo había visto con sus propios ojos y, por tanto, su Maligno no lo ignoraba.

Owen retrocedió hacia lo alto sin hacer ruido.

En la puerta del saloncito le esperaban los demás.

—¿Has visto algo, Owen? —le preguntó Ivette, ansiosa.

—No. La coraza de acero protege al laboratorio.

—Nada podemos hacer, estamos desarmados. Sólo tenemos un machete y aquí habría que emplear la dinamita para volar ese panel de acero y la reja electrificada — opinó Ionich.

—El laboratorio subterráneo debe tener otra entrada y se hace preciso llegar hasta él. Descubrir esa puerta es nuestro primer, objetivo.

—Si encontramos la entrada y el Maligno nos ataca, no podremos defendernos, nos asesinará de forma tan repugnante como lo ha hecho con Basil —objetó Ivette.

—Deberemos emplear la astucia. Por de pronto, al que me gustaría encontrar primero es al profesor Svovoda —expuso Owen Hibbs.

—El profesor es ahora esclavo del Maligno, pero, a su vez, estará protegido por él.

Egan objetó:

—Si existe otra entrada al sótano, el profesor la tendrá bien camuflada para que no la descubramos.

—Acuérdense de que el mestizo que nos trajo rodeó la casa tras dejarnos en la entrada y, sin embargo, luego lo vimos abajo.

Las palabras del norteamericano hicieron reflexionar a los demás. Sheldon fue el primero en responder.

—Entonces, tendremos que rodear la casa y buscar una entrada posterior.

—Nos queda otra persona —recordó Ivette de pronto.

—¿Quién? —interpeló el ruso.

—El sordomudo.

—Tienes razón —aceptó Egan—. Por la forma en que sirve, el sordomudo conoce bien la casa. Él nos puede conducir al laboratorio por la otra puerta que ignoramos.

—Lo difícil será entenderse con él, es sordomudo e indio. Quizá no comprenda ni siquiera el idioma en que hablamos ahora y, que yo sepa, ninguno de nosotros sabe hablar por señas, ¿o sí?

Todos respondieron negativamente a la pregunta de Owen.

—Hace falta encontrarlo. Quizá él mismo sea la posible siguiente víctima del profesor. No olviden que, según me han contado, ha jurado dar compañía al Maligno con otros, y el que está más a mano es el sordomudo.

De pronto, escucharon un grito de mujer. Sonó lejano, casi confundiéndose con la torrencial lluvia que golpeaba el tejado y las paredes de la lúgubre mansión de los pantanos.

Un trueno removió hasta los cimientos y las tablas vibraron bajo sus pies. La tormenta arreciaba y se había levantado un viento que azotaba árboles, arbustos y plantas silvestres en general.

—Maldita sea. Con esta tormenta y el viento, quizá cuando hallemos el hidroavión esté hecho pedazos contra algún árbol.

—¿No habéis oído un grito de mujer? —preguntó Ivette.

—Sí, creo que sí —admitió Ionich—, aunque con este viento y los innumerables gruñidos que tiene esta casa de madera, cualquier cosa puede ser posible o irreal. Pronto será difícil discernir si todo esto es una pesadilla o una realidad.

—Me temo que es una realidad y que será bueno que vayamos a ver lo que ocurre afuera. Si alguien ha pedido ayuda, debemos prestársela.

Owen Hibbs salió del zaguán hundiendo sus pies en el barro. Balanceaba la larga arma blanca en su diestra y el agua le chorreó por todo el cuerpo, aplastando sus cabellos abundantes y lacios contra su cráneo y frente. Se deslizó por su pecho y brazos, por la amplia y varonil espalda que, sin darse siquiera cuenta, Ivette admiró desde su más íntima femineidad. Era casi como un griego castigado por los dioses de la lluvia. La tormenta, los relámpagos y los truenos retumbaban sobre su altiva y agresiva cabeza que buscaba a quien había gritado para poderla ayudar.

Recordó a la chica, casi una niña, pero ya con cuerpo de mujer, a la que había quitado el machete. Corrió hacia su choza, ya que no veía a nadie y la lluvia torrencial se había encargado de borrar toda huella.

La puerta de la cabaña estaba abierta y saltó a su interior.

—¡Nadie! —exclamó. La fuerte humedad ambiental intensificó un olor a sudor que le había parecido notar cerca del servidor Dawi. No estaba seguro de ello, pero le pareció que era de él.

Abandonó la choza y regresó al zaguán. Ionich le preguntó:

—¿Ha visto a alguien?

—No, y eso es lo grave. Había una chica india en esa choza.

—Se habrá marchado —opinó Sheldon.

—¿Con este diluvio? —se asombró Ivette.

Todos se miraron entre sí, buscando en los demás la solución al problema.

Owen Hibbs manifestó en voz alta sus pensamientos.

—Creo que el criado sordomudo ha entrado en acción y se ha llevado a la muchacha.

—¿Quiere decir que el profesor Svovoda la ha escogido para un nuevo experimento?

A la pregunta del estirado Egan, Owen asintió:

—Eso me temo y, como no lo impidamos, pronto serán dos los malignos y así sucesivamente. Corremos el peligro de no salir jamás de estos pantanos, de convertirnos también en monstruos mientras nuestros cuerpos o digamos parte de ellos, quedan encerrados en celdas donde serán alimentados para que subsistan los malignos. Cuidarán nuestros cuerpos como ahora nosotros cuidamos nuestros corazones o nuestros ojos.

—Mon Dieu, qué horrible, qué horrible.

—Pero, ¿qué podemos hacer? —preguntó Sheldon. —Impedirlo.

Por su parte, Ionich dijo:

—Estoy de acuerdo con usted, Hibbs.

—Pues no hay que esperar más, entremos en acción antes de que sea tarde para todos.

Un nuevo trueno, esta vez casi encima de sus cabezas, retumbó horrísono haciéndoles estremecer al tiempo que una huracanada ráfaga de aire casi conseguía doblegar a los más altivos árboles de los pantanos.

CAPITULO XII

—¿Por dónde comenzamos? —preguntó Egan.

—Si hemos oído un grito y nadie ha entrado por la puerta principal de la casa, debemos buscar otra entrada pero, hay algo importante. Mientras unos buscamos, los otros no es necesario que estén expuestos a ser atacados por el Maligno.

—¿Propone una estrategia de acción? —interrogó el inglés.

—Sí —afirmó Hibbs.

Ionich inquirió:

—¿Cuál es su plan?

—Que parte de nosotros consiga llegar al embarcadero para ganar tiempo y allí se aseguren con la lancha motora que ha de conducirnos al hidroavión, única forma de salir de aquí.

—Pero, Owen, si tú no has hallado el camino, ¿cómo vamos a encontrarlo los demás?

—Ivette, estoy seguro de que la gente que se esconde en esas chozas lo conoce, quizá todos no pero algunos sí. Mi plan es que quienes se marchen lleven un machete y vayan dejando marcas por el camino en los árboles, machetazos bien visibles a la altura de la cabeza humana. Así, los que les sigamos después tras haber dado cuenta del profesor Svovoda, lo haremos sin dificultad ni peligro de hundirnos en una de esas repugnantes ciénagas como le ha ocurrido a Giogo.

—De acuerdo —aceptó Ionich—, pero debemos darnos prisa. Si es cierto que se ha llevado a esa chica, pronto la pondrá en la mesa de operaciones para sacar al maligno ectoplasma de su cuerpo.

—Sí, hay que apresurarse. Primero, voy a sacar a uno de esos asustados indígenas de su choza. Aguarden aquí.

De nuevo salió a la tormenta que semejaba amainar. Eran grandes y saturados cumulonimbos que descargaban, pero la fuerza del vendaval los arrastraba rápidamente haciéndolos volar por encima de los árboles.

Se enfrentó con la primera de las cabañas cuya puerta estaba cerrada. Llamó con fuerza y nadie abrió. Owen Hibbs no lo pensó dos veces y de un patadón hizo saltar la puerta hacia el interior de la choza, pues su estructura no llegaba ni a barracón.

Allí había dos hombres que parecían hermanos. Eran mestizos, pero ya sólo Dios sabía de qué razas. Sus sangres se hallaban demasiado mezcladas entre la blanca, la negra, la india y hasta casi la amarilla.

Uno estaba armado con un primitivo arco, aunque su fabricación fuera moderna. Era un arco de precisión para tiro olímpico, aunque la saeta era de fabricación artesanal y se le había añadido una punta de acero. Quizá aquellos hombres que carecían de armas de fuego (pues en el supuesto de que las poseyeran les sería muy difícil proveerse de municiones, municiones que en

un ambiente tan húmedo como aquél, se destruirían fácilmente) preferían las silenciosas y efectivas armas primitivas. El otro blandía un machete igual al que portaba Owen Hibbs.

Saltó a tiempo para que la flecha disparada a tan corta distancia no se incrustara en su cuello, pues hacia él la había dirigido el indígena. Owen notó el rápido pero suave roce de las plumas de la cola de la flecha rozando su carne.

Brincó hacia delante y propinó una patada en el bajo vientre del hombre del arco, haciéndolo rodar por el suelo en medio de gritos de dolor mientras barbotaba palabras ininteligibles para Owen.

El otro indígena asestó un machetazo sobre Owen, pero éste lo detuvo en el aire con su propia arma, evitando encajar el tajo que habría sido forzosamente mortal.

Sin darle tiempo a probar fortuna por segunda vez, Owen lo derribó tras un golpe certero, hábil y seco, propinado con el canto del pie en una llave de judo.

Al caer, el indígena no pudo evitar que el zapato de Owen le aplastara la mano, haciéndole soltar el machete que Owen recogió del suelo. Luego, lo soltó.

—¡Estúpidos! No soy yo vuestro enemigo, si no el profesor.

Los dos le miraron asustados. Owen se acercó al arco y con uno de los machetes lo partió en dos de un tajo, dejándolos desarmados.

—¿Dónde está el embarcadero?

Ambos hermanos se miraron entre sí, pero no respondieron. Owen guardó uno de los machetes por el interior de su cinturón.

—¿Dónde está el embarcadero con la lancha motora? —insistió.

Uno de los hermanos seguía en el suelo, dolorido. El otro se había levantado y Owen le propinó tal puñetazo en el mentón que lo tumbó de nuevo, pero esta vez dejándolo dormido por completo.

—Bien, tú no vas a tener tanta suerte si no hablas. Vamos, escupe tu miedo al profesor. ¿Es que no te das cuenta de que os matará a todos, de que seréis conejillos de Indias para sus experimentos? Seguro que habéis visto cómo ese criado sordomudo se llevaba a esa chica que no tiene padre ni madre. Ella será sacrificada por ese loco profesor.

—¡El Maligno requiere sacrificios! —chapurreó, pues hablaba muy mal.

—Idiota, jamás supuse que en este año en que vivimos pudiera oír una barbaridad semejante. Nadie quiere sacrificios, eso son supersticiones bárbaras. El profesor abusa de vuestra ignorancia y, encima, le servís como perros. Creo que aunque os sacara la piel a tiras y en vivo, continuaríais obedeciéndole porque le teméis más que a la mismísima muerte.

—El profesor tiene al Maligno de su parte, lo protege. —Al diablo con el Maligno, yo lo aniquilaré y tú vas a llevarnos hasta la lancha motora.

—No, el profesor me odiaría por ello, porque vosotros queréis escapar de él — siguió chapurreando el mil veces mestizo hombre de los pantanos.

—Está bien —la agarró por los pelos, la diferencia de estatura era muy considerable entre ambos—. Te voy a llevar al Maligno para que te devore, para que se té como hasta los c...

—¡No, no, se lo suplico, no! —gritó mientras era sacado a la fuerza de su choza.

La lluvia había amainado, pero seguía cayendo. Las gotas de agua empaparon rápidamente la camisola blanca del mestizo.

—¿Te decides a servimos de guía o te entrego al Maligno para que te devore? Yo sé dónde está.

La amenaza de Owen Hibbs surtió el efecto deseado. Aquel hombre tenía más miedo a caer bajo el poder del monstruoso Maligno que a morir de un simple machetazo.

—Sí, sí, les llevaré...

Owen se volvió hacia el zaguán donde aguardaban los demás.

—¡Ionich!

El ruso corrió hacia él.

—¿Este será el guía? —preguntó.

—Sí, tome —le tendió uno de los machetes que el ruso cogió inmediatamente con su diestra—. Mírelo bien, Ionich. Si trata de escapar o de hacer una jugarreta, no lo mate. El ruso trató de entender lo que el norteamericano quería decirle.

—¿Hay que hacerle algo especial?

—Sí. Dele un tajo en las piernas para que no pueda correr y luego lo llevaremos ante el Maligno para que lo devore. Así pasará la eternidad en el infierno.

—¡No, no, los llevaré si me dejan libre después!

—Ya lo has oído, Ionich.

—Sí, pero ¿por qué no es usted quien lo lleva y yo me quedo aquí para buscar al profesor?

—No, prefiero hacerlo yo.

—Decidámoslo a suerte —propuso Ionich.

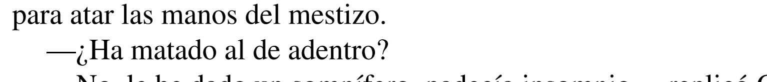
—Está bien —miró al hombre de los pantalones, al que aún sujetaba por los pelos, ahora completamente mojados, y pegándole un tirón, preguntó—: ¿Con quién quieres ir, con él o conmigo?

—Con él —tartajeó. Era difícil averiguar si el agua que tenía en los ojos era lluvia o lágrimas a causa de los tirones de cabellos que le había dado Owen para convencerle en aquellos momentos angustiosos y apremiantes.

—Ya lo ha oído, Ionich, le ha elegido a usted. La suerte está decidida.

—Eso es una artimaña —gruñó Ionich.

—No discutamos. Aquí, con que se quede uno para buscar al profesor, es suficiente. Hay que aprovechar que la lluvia amaina y que el camino por entre las ciénagas se hará más practicable. Será mejor que le aten las manos a la espalda a este tipo para que no intente escapar. Ionich penetró en la choza; el otro seguía inconsciente. Halló la cuerda que buscaba y con ella volvió a salir



para atar las manos del mestizo.

—¿Ha matado al de adentro?

—No, le he dado un somnífero, padecía insomnio —replicó Owen irónico.

Pasado ya uno de los grandes nubarrones, la lluvia había cesado momentáneamente. Sheldon, Egan e Ivette se les acercaron, embarrándose los pies.

—¿Qué pasa? —preguntó Egan.

—Este hombre les conducirá hasta la lancha y allí me esperarán.

—¿Y si no vuelve? Usted es el único que sabe pilotar el hidroavión —advirtió Sheldon.

—Volveré.

—Yo me quedo contigo —dijo Ivette decidida.

—No, irás con los demás.

—Me quedo. Ethel puede necesitar mi ayuda y también la otra chica que dices está en peligro.

Owen miró a los demás, interrogante. No le dijeron nada y al fin aceptó:

—Está bien, correremos muchos riesgos, pero puedes quedarte conmigo. Quizá las mujeres precisen ayuda femenina.

—Entonces, nosotros nos pondremos en marcha.

—Sí, y no se olviden de marcar bien las señales para que Ivette y yo podamos seguir el camino sin perdernos.

—Descuide, estarán bien marcadas. Owen sacó las llaves del hidroavión y se las entregó a Ionich.

—Si no regresamos, entren en el hidroavión, allí pueden estar a salvo. La radio funciona y con ella pueden pedir ayuda, seguro que vendrán a buscarles.

Ionich tomó las llaves. Miró al norteamericano a los ojos y dijo:

—Les esperaremos.

El grupo se dividió.

Owen e Ivette les vieron desaparecer en la selva mientras la mansión quedaba a su espalda con el horror dentro de ella.

CAPITULO XIII

Rodearon la mansión colonial hasta hallar una puerta pequeña que Owen Hibbs no dudó en abrir.

—Es la cocina —opinó Ivette.

—Sí, y en el suelo hay huellas de barro, huellas muy recientes.

El suelo estaba manchado de fango; no cabía duda de que dos personas habían pasado por allí hacía muy poco.

—Las huellas se dirigen a aquella puerta —señaló Ivette.

Owen, siempre por delante y con el machete dispuesto para repeler cualquier ataque, abrió la puerta y quedó quieto, perplejo.

—Es la despensa y está casi vacía, aunque queda algo de comida.

—Es cierto, y parece que no hay nada más.

—Tiene que haber un pasadizo secreto. Nuestros antepasados eran muy aficionados a los pasadizos y el profesor Svovoda debía conocerlos al comprar esta mansión perdida entre las ciénagas.

Owen tanteó las paredes sin resultado. Ivette comenzaba a desesperar de hallar la forma de descubrir la puerta secreta que, sin duda alguna y a juzgar por las huellas, debía estar allí.

—No se ve ningún resorte, no hay partes blandas. Probaré tratando de desplazar todo el complejo de la despensa.

Agarró uno de los estantes y tiró de él hacia la derecha. Sin esfuerzos, pues las guías se hallaban engrasadas, la alacena se desplazó dejando un hueco al descubierto.

—¡Ya lo tenemos! —exclamó Ivette.

El norteamericano se encaró con la bella francesa. Poniéndole su zurda sobre la mejilla, pidió:

—Quédate aquí. Abajo puede ser muy peligroso.

—No, sufriría más que abajo con la incertidumbre de lo que pudiera ocurrir.

Además, pueden necesitarme.

—Veo que eres terca y que nada te hará desistir, sígueme entonces.

El pasadizo era descendente y carecía de peldaños. Sin embargo, los grados de la pendiente eran casi cuarenta y cinco. El suelo era de tierra y el camino curvado, por lo que no pudieron ver lo que tenían delante hasta llegaron a una amplia sala circular sobre la cual estaba edificada parte de la mansión.

Gruesas columnas de madera se hundían en la tierra y sostenían los techos. Una débil bombilla, colocada en el lado opuesto donde nacía otra puerta, iluminaba pobremente la nave. Pero, lo que más llamó la atención de la pareja fue el centro de la sala.

Había allí una balsa de unos cuatro metros de diámetro rodeada por una cerca de gruesas estacas con tres o cuatro pies de altura, terminadas en punta

y enlazadas entre sí por otras horizontales.

—¡Owen, son caimanes! —exclamó Ivette asustada, dando un paso atrás.

El norteamericano miró a los grandes hidrosaurios que semejaban flotar como muertos sobre las tranquilas aguas que, por alguna galería subterránea, comunicarían con canales exteriores.

Los aligátores, al oírles, abrieron sus ojos para mirarlos de una forma que no gustó a la muchacha, pero continuaron quietos en el agua, con una inmovilidad casi estatuaria.

—Quizá hayamos descubierto donde el profesor hacía desaparecer los restos humanos tras sus demoníacos experimentos.

—¡Qué horror!

En la sala, en el centro de la cual estaba la balsa donde vivían los reptiles, se abrían cuatro puertas más aparte de la que acababan de utilizar y la de la luz. Owen abrió una de ellas y dijo:

—Son celdas, pero, ahí está el rifle del mestizo.

En efecto, estaba el rifle del servidor sacrificado y una canana con municiones.

Owen tomó la canana, colgándosela en bandolera y entregó el arma a Ivette, preguntándole:

—¿Sabes manejarla?

—Sí, creo que sí.

—Bien, te lo dejaré preparado —le quitó el seguro—. Sólo tienes que apuntar y jalar al gatillo, pero por si acaso te pones nerviosa, lleva el cañón del rifle apuntando siempre hacia lo alto, no sea cosa que un accidente fortuito resulte fatal.

Las otras celdas construidas por el colonialista francés Rutier, el hombre que levantara la lóbrega mansión de los pantanos hacía ya siglos, estaban vacías.

Se dirigieron hacia la puerta sobre la que colgaba la bombilla. Cuando se hallaban junto a ella. Vieron salir al sordomudo, un indio fuerte y al servicio total del profesor.

Les descubrió de inmediato, pero él no podía gritar para alertar al profesor de la presencia de los intrusos en el subterráneo. Quiso retroceder, pero Owen se abalanzó contra él soltando el machete. Se originó una pelea cuyo único testigo era Ivette.

El indio resultó un correoso luchador y golpeó a Owen en varias ocasiones cuando éste trataba de reducirle. Ivette sufría contemplando aquella lucha a muerte, aunque Owen no quería acabar con el mestizo si no encerrarlo en una de las celdas.

El sordomudo sacó una navaja cuando Owen luchaba sin el machete y trató de acuchillarlo. Ivette tenía el rifle en su mano y trataba de apuntarle nerviosamente, mas su indecisión con el arma era grande y no se atrevía a jalar el gatillo.

Con la hoja de la navaja por delante, el sordomudo atacó con fuerza. Owen

se dejó caer al suelo de espaldas haciendo un *sotemi* de judo y con los pies colocados en la boca del estómago de su enemigo, lo hijo volar por encima de su cabeza.

Ivette, horrorizada, no sólo lo vio pasar por encima de la cabeza del norteamericano, sino también sobre la cerca, de gruesas estacas, cayendo finalmente a la balsa de aguas turbias donde los aligátores semejaban aguardar que se les diera algo, y ese algo llegó.

El indio chapoteó. El agua se tiñó de rojo y la mujer volvió la cara para no ver.

Todo había ocurrido sin gritos, en silencio.

Owen Hibbs la cogió por el hombro tras recuperar el machete y dijo:

—Todo ha terminado para él.

Cuando Ivette volvió su rostro hacia la mortífera balsa, acudían más caimanes por debajo de tierra, ya que el nivel del agua era el mismo que el de los pantanos exteriores. La mansión se levantaba en una colina apenas perceptible y el túnel natural hacía de vaso comunicante del líquido elemento.

Aquello era un auténtico nido de largas y dentadas fauces, dispuestas a devorar.

—Ahora quizá sí sería mejor que no me siguieras.

—Owen, tampoco me gusta quedarme aquí con los caimanes.

—Ellos están enjaulados dentro de esa cerca, en cambio no sabemos lo que sucederá con esa monstruosa masa maligna.

—Si he llegado hasta aquí, no voy a quedarme atrás.

—Ivette, eres muy valiente, porque valiente es sentir miedo y tragárselo. La rodeó por la cintura y la miró a los ojos. La joven jadeaba, pero algo la había invadido, infundiéndole confianza. Aun en la difícil situación en que se hallaban, se sentía protegida por el hombre.

—Si salimos de ésta, creo que formaremos una buena pareja.

—Oui, Owen.

—Vayamos adentro, quizá ese que ha ido a parar con los caimanes tenía que regresar junto al profesor por algo y éste comience a notar su ausencia.

—No te arriesgues demasiado, Owen. Yo vi cómo el profesor quería destruir la masa con su machete y no lo consiguió. Las balas, creo que surtirán el mismo efecto.

—Si llega el momento de destruirla, hay una forma y tú sabrás hacerlo.

—¿Yo? —exclamó horrorizada.

—Sí, tú o yo, si puedo. En fin, que sea lo que Dios quiera.

—No seré capaz de matar a Ethel.

—Si jalas el gatillo no matarás a Ethel, sino al Maligno.

Ivette, no demasiado convencida, siguió al hombre cuando éste comenzaba a internarse por la abertura sobre la cual pendía una desnuda y amarillenta bombilla que iluminaba la sala de los caimanes si es que así podía llamársele.

CAPITULO XIV

El pasillo resultó corto y terminaba en una puerta que se hallaba entreabierta. Ambos miraron por la ranura.

El profesor Svovoda estaba de espaldas a ellos, frente a la mesa en la que se hallaba tendida la joven india. Owen no había errado en sus suposiciones; la había escogido como primera víctima para dar hermanos al Maligno y de este modo aumentar su poder.

El profesor giró la cabeza e Ivette tuvo que cerrar los ojos. Era difícil mantener la mirada sobre aquel rostro horrendo que ahora no se protegía con la careta.

—Hay que entrar ahí antes de que cometa otra barbaridad.

—Y el Maligno, ¿dónde está?

—No lo veo, no está dentro de nuestro campo visual.

El profesor estaba colocando los electrodos sobre el cráneo de su nueva víctima. Había que actuar y rápido para evitarlo. Owen empujó la puerta y penetró en el laboratorio; Ivette lo hizo tras él.

El profesor se volvió hacia ellos. Era difícil observar lo que un rostro como el de aquel hombre pudiera expresar, pero en su mirada pudo verse furia ante la interrupción.

—¡Basta, profesor, esto se ha terminado! —le gritó Owen.

Ivette descubrió a Ethel a su derecha, junto a la pared. Estaba en pie, seguía hipnotizada y era como un ente sin voluntad. Los brazos pendían lánguidos a lo largo de su bello cuerpo y los ojos estaban abiertos, sin expresión. Era Un cuerpo al que habría que alimentar para que el Maligno siguiera viviendo.

La masa verde-granate se hallaba cerca de Ethel, como protegiéndola, y emitió aquel extraño y estremecedor rugido al verles.

—¡No podrán impedirlo, él es más poderoso que nosotros! Su amigo el ruso cometió la estupidez de romper la jaula. Ahora, es el Maligno el fuerte o la fuerte, porque en este caso es hembra.

—Esta monstruosidad llega a su fin. Hombres con mentes sabias, pero enfermas como la de usted deberían desaparecer, se sirven de la ciencia para crear monstruos. Son como abortos de la propia naturaleza, hasta su rostro expresa lo que es.

—¿Mi rostro? —soltó una carcajada que resultaba patética. Su cara era una masa de carne cicatrizada, carente de piel—. Mire mi rostro, Hibbs. Yo lo tenía bien, pero el primer Maligno al que conseguí materializar me atacó. Estuvo a punto de asesinarme, pero como teóricamente ya sabía lo que debía hacer, maté al sujeto sometido a experimentación y el Maligno también murió, por ello me salvé. A partir de aquel momento fue cuando ideé la jaula de cristal, pero ya ve, está suelto ahora, es poderoso e indestructible y protege celosamente el cuerpo del cual depende porque esa bella muchacha sólo es

una masa biológica. Jamás volverá a ser lo que fue y esta india tampoco.

Owen Hibbs blandió el machete y antes de que el profesor pudiera evitarlo, la hoja seccionó limpiamente las conducciones de los electrodos, liberando así a la muchacha.

—¡Maldita sea! ¿Qué acaba de hacer? —chilló el profesor, enfurecido.

—Entréguese. Se vendrá con nosotros a la civilización y allí responderá de todo el daño que ha causado.

—¡No, nunca! ¡Maligno, ayúdame!

Para escapar, el profesor rodeó la mesa en que se hallaba la india. El Maligno, con su masa cambiante, comenzó a desplazarse. No lo hacía con rapidez, era como si temiera separarse excesivamente de Ethel y que le sucediera algo a ella.

Owen estaba a punto de alcanzar al enloquecido profesor, pero éste dio un fuerte empujón a la mesa, provista de ruedas, y la misma se desplazó yendo a chocar contra un complejo de cajas electrónicas ideadas por el profesor Svovoda para obtener el fluido necesario con que materializar al Maligno que todo ser humano llevaba dentro.

Se produjeron unos chisporroteos, unos cortocircuitos y al ser la mesa metálica, la chica india, que tenía la cabeza dentro del casco de cristal, comenzó a gritar mientras se ennegrecía electrocutada.

Ivette no podía resistir tanto horror. Jamás había presenciado una electrocutación y el olor a carne quemada abofeteó su olfato con violencia. Sintió náuseas y tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

Mientras la joven india perecía, brotaron llamas de las cajas electrónicas del laboratorio que ascendieron prendiendo en la madera de las paredes que soportaban el techo del subterráneo que debía corresponder al piso del saloncito.

El Maligno comprendió el peligro en que se hallaba y se apartó de Ethel para atacar a Owen.

Owen se vio acorralado. Por un lado estaba la reja electrificada, por otro las llamas y los cortocircuitos que chisporroteaban, y por el frente le atacaba aquella masa toda maldad, pues era en sí misma el mal materializado, el mal sin piedad ni clemencia, el mal desesperadamente ansioso por dañar, por matar.

Al verse libre de Owen, el profesor pasó como una exhalación frente a Ivette al tiempo que gritaba:

—¡Si hace falta, lo conseguiré en otra parte! ¡Todo el proceso está en mi cerebro!

Riendo, escapó por la puerta sin que Ivette, mareada ante tanto horror, fuera capaz de detenerle.

La masa ya impedía toda escapatoria a Owen, el cual lanzaba el machete a diestro y siniestro, pero sólo cortaba el aire y la cambiante y maligna masa estaba a punto de engullirlo como había hecho con Basil, asesinándolo en forma horrorosa. Ivette lo vio y comprendió que era el fin.

—¡No, no! —gritó.

Levantó el rifle cuando ya la masa iba a terminar con Owen. Casi sin mirar, disparó sobre el cuerpo inmóvil de Ethel.

El bello cuerpo de la alemana sufrió una sacudida y a la altura del corazón le nació un agujero que enrojeció con rapidez. La vida escapó a borbotones por él y se desplomó casi inmediatamente.

El Maligno rugió con más fuerza que nunca y se licuó en el aire, goteando sobre el pavimento, convertido en un líquido viscoso, repugnante y fétido.

Las llamas crecían y ya habían prendido en el techo. El humo comenzaba a hacerse asfixiante. Owen Hibbs corrió hacia Ivette y la cogió con sus brazos, evitando que se desmayara.

—Has tenido que hacerlo, Ivette, no te quedaba otro remedio.

Cogiéndola por los hombros, la empujó hacia fuera.

Al llegar a la gran sala se encontraron con la desagradable sorpresa de que el profesor había abierto una compuerta del cerco de estacas y los grandes caimanes habían salido de la pútrida balsa, cortándoles la retirada.

—¡El rifle! —pidió Owen.

—¡No podremos escapar! —chilló Ivette.

Owen apuntó entre los ojos del aligátor que se hallaba más cerca y disparó.

El gran reptil, alcanzado de lleno en su masa cefálica, brincó para luego quedar quieto. Los otros caimanes, quizá hambrientos, avanzaron hacia la pareja pese al humo.

—Por la izquierda sólo hay dos —observó Owen disparando de nuevo sobre otro de ellos que también murió instantáneamente.

Los saurios habían acudido por el túnel subterráneo al olor de la sangre del sordomudo y aquello parecía que iba a infestarse de grandes reptiles.

Jaló el gatillo de nuevo, pero el rifle estaba descargado y tuvo que cargarlo con rapidez mientras el caimán se les venía encima; atrás tenían el incendio.

Owen consiguió cargar antes de ser atacados directamente y el aligátor murió como sus hermanos.

Después, la pareja corrió hacia el lado opuesto de la sala mientras los reptiles hacían lo propio, más torpemente, y la bóveda de la gran sala se llenaba de humo.

Consiguieron escapar y subir por la rampa. Al llegar a lo alto, Owen cerró la despensa impidiendo la salida de los caimanes que habrían de regresar al interior de la pútrida balsa o morir.

—¡Hay que correr hacia el embarcadero, nos habrán dejado las señales!

Rodearon la casa y corrieron por entre las chozas. Owen sintió una extraña sensación.

—¿Qué te ocurre, Owen?

—Parecen vacías.

—¿Cómo lo sabes?

—Las puertas están abiertas y antes se hallaban cerradas. Aguarda.

Miró en la choza de donde habían sacado al guía a la fuerza y allí ya no

estaba el hermano caído.

—No están y podemos tener problemas.

Cargó el arma al completo y se colocó el machete por dentro del cinturón. Con el rifle en la mano, cogió con la zurda la diestra de Ivette y dijo:

—Hay que ir aprisa, temo que algo más desagradable todavía pueda ocurrir.

Ivette miró hacia atrás. De la mansión comenzaba a escapar un leve humo negro que brotaba por las ranuras del suelo.

Corrieron por los pantanos. Las señales hechas por Ionich se veían claramente y no dejaban lugar a dudas sobre el camino a recorrer. Tenían la suerte de que no llovía, pues el cielo clareaba gracias al fuerte viento que pregonaba la agonía de un bochornoso verano en los pantanos.

Llegaban al embarcadero, pues pudieron verlo desde lejos, cuando Owen se detuvo gruñendo en voz baja:

—Es el profesor quien está en la lancha.

Al girar su rostro, el profesor les descubrió. En el embarcadero había indios y mestizos que más que creer en el maníaco profesor le temían y obedecían como a un enviado de los dioses.

Owen se echó el rifle a la cara y disparó.

Ivette vio cómo el profesor Svovoda sacudía su cabeza, alcanzado de lleno en la frente. Su cuerpo se dobló de costado y cayó al agua.

Al oír la detonación y ver morir al profesor, los indígenas se asustaron. Tenían arcos y machetes en las manos. A Owen le bastó una mirada para ver la masacre que habían cometido a instancias del profesor y comenzó a disparar sobre ellos.

Tres de los que se habían revuelto con sus arcos cayeron alcanzados por los balazos mientras algunas flechas silbaban alrededor suyo.

Los demás se internaron en la ciénaga. Uno de ellos gritó a lo lejos, luego nada; un barrizal lo había engullido, terminando con su miserable vida.

Libres ya de los servidores del profesor y de éste mismo, corrieron hacia el embarcadero.

Sheldon flotaba en el agua. Egan estaba decapitado de un machetazo y el ruso Ionich tenía clavadas tres flechas que habían segado su vida.

—¡Owen, Owen, no puedo más, no puedo más!

—Pues grita, eso te hará bien aunque ya no consiga devolver la vida a nadie.

Ivette gritó con todas sus fuerzas, hasta que sus pulmones semejaron reventar. Los pájaros revolotearon y toda la ciénaga pareció chillar.

Owen Hibbs se inclinó sobre el cadáver de Ionich. Le cerró los ojos y luego buscó en sus bolsillos hasta encontrar las llaves del hidroavión.

Cogió a Ivette por la cintura y la metió dentro de la motora.

Le fue fácil seguir las marcas en las que se había fijado cuando pasara por aquel lugar la primera vez. Sin perderse, consiguió llegar al lago pantanoso donde aguardaba el hidroavión, fiel y quieto. Se había desplazado un tanto de

su lugar de origen, pero nada le habla ocurrido y Owen lo celebró.

—¡Arriba, Ivette, arriba!

La joven subió por la escalerilla. Owen abrió la puerta tras cogerse a un ala y ambos pasaron al interior del Pato.

Ivette tomó asiento y Owen se puso al mando del aparato.

Colocó la llave y accionó el contacto. Los motores comenzaron a girar. Los hizo funcionar con fuerza para calentarlos con rapidez antes de ponerse en marcha y luego maniobró deslizándose por el lago hasta adquirir la velocidad suficiente para poder despegar.

Lo logró remontando el vuelo por encima de la espesa arboleda. Hizo un giro en el aire e Ivette, a lo lejos, divisó una gran humareda.

El incendio era voraz y no dejaría más que cenizas de la horrible mansión de los pantanos. Mientras, las nubes se alejaban y aparecía un sol caluroso pero brillante, enemigo de todo mal.

FIN